

LA DESRUTINIZACION DEL EJE CIVILIZATORIO: RIESGO, MIEDO, ANGUSTIA Y FOBIA A LOS VIAJES MODERNOS

Maximiliano Kortanje

Universidad de Palermo, Argentina

Resumen.- El siguiente artículo intenta ser un abordaje teórico que discuta los alcances y limitaciones del estudio filosófico al miedo y la angustia como dos elementos que si bien dialogan entre sí deben ser comprendidos en forma distinta. En un mundo, en el que cada vez se viaja más, precisamente el temor a lo extranjero o lo extraño se presenta como un fenómeno que amerita ser estudiado. La extranjería y la hospitalidad se constituyen como dos aspectos mediadores de la liminaridad entre el viaje y la ipseidad. Esta cuestión liminar se da entre el pasaje de lo conocido a lo desconocido.

Palabras claves.- *riesgo, miedo, angustia, viajes, otredad*

Abstract.- The present paper is aimed at debating critically the contributions and limitations surrounding the study of fears and anxiety in ancient and modern philosophy; even though both seem to be concepts that dialogue each other, there is an important gap in the way as to what they mean. In a world wherein people are prone to travel for experiencing news realities, it is often the otherness a figure that merits to be approached in the line of western cultural values. Foreignism and hospitality constitute are two nuanced phenomena that allows travelers a passage from security of what they know to the uncertainty of unknown.

Keywords.- *risk, fear, anxiety, journeys, hospitality, otherness*

Uno de los problemas principales en los estudios relacionados con los miedos (desde uno leve hasta las fobias), es distinguir el sentido que se le ha de asignar a los términos riesgo, angustia, fobia y miedo, así como la forma en que éstos operan en nuestra vida cotidiana. En este contexto, el siguiente artículo intenta ser una breve reflexión interdisciplinaria y repaso de las diferentes contribuciones existencialistas tales como Heidegger, Nietzsche, Sartre, sistémicos como Nardone o figuracionales como Elías y Dunning en el estudio onírico de la angustia y el riesgo como ejes discursivos funcionales al capitalismo postmoderno, contribuciones que aún continúan desaprovechadas en la literatura española del fenómeno. Cada uno desde su perspectiva aporta un grano de arena al complejo estudio de la angustia, el temor y las fobias en el mundo de los viajes y el turismo.

Introducción

Para mediados del siglo XX, los diversos avances técnico-científicos en Europa y Estados Unidos, asociados con una reducción en el tiempo de trabajo, mayor comodidad y tiempo de ocio como así también un aumento progresivo de los salarios, se han constituido en factores de peso para consolidar al turismo (o industria de los viajes) como una actividad masiva y comercial a nivel mundial.

Por tanto dentro de la comunidad académica existe consenso en afirmar que el viaje y el desplazamiento son parte inherente al turismo como fenómeno orientado a lo lúdico y placentero (Santana-Talavera, 2006); la cantidad de turistas y viajeros en todo el mundo no sólo se ha incrementado en los últimas décadas sino que también continúa en asenso (Khatchikian, 2000: 250) (Getino, 2002:17) (Schluter, 2003: 42-46) (Wallingre, 2007: 155).

Según números del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, expresados en el cuadro número 1, en Argentina por el Aeropuerto Internacional Ministro Pistarini (Buenos Aires) se registraron en 2004 un saldo positivo 503.636 viajeros, en 2005 un saldo de 662.352 viajeros y en 2006 908.580 viajeros. Esto refleja que la cantidad de ingresos supera a la cantidad de egresos en materia de viajes en avión. Por otro lado, tanto las cifras generales de aquellos que ingresaron a la argentina como los que partieron subieron comparativamente de 2004 a 2006 en casi todas sus modalidades (vacacionistas, hombres de negocios y visitas a familiares o amigos). La excepción la marca la modalidad *otros motivos* que tiende inversamente a la baja de 2004 a 2006.

Turistas por condición de receptivo y emisoro por motivo de viaje. Período 2004-2006. Cuadro N 1

Motivo del viaje	Turismo Receptivo	Turismo Emisoro	Saldo
Año 2006	2.060.127	1.151.547	908.580
Vacaciones / ocio	1.303.817	481.595	822.222
Visita a familiares o amigos	332.062	185.569	146.493
Negocios	328.176	446.780	-118.604
Otros	96.072	37.603	58.469
Año 2005	1.786.712	1.124.360	662.352
Vacaciones / ocio	1.078.730	438.317	640.413
Visita a familiares o amigos	294.761	183.121	111.640
Negocios	351.556	458.380	-106.824
Otros	61.665	44.542	17.123
Total 2004	1.508.868	1.005.232	503.636
Vacaciones / ocio	842.302	357.453	484.849
Visita a familiares o amigos	261.584	178.928	82.656
Negocios	350.772	419.588	-68.816
Otros	54.210	49.263	4.947

Fuente: INDEC-SECTUR. Encuesta de Turismo Internacional. ¹

¹ Fuente disponible en <http://www.turismo.gov.ar/esp/menu.htm>. Aeropuerto Internacional de Ezeiza años 2004, 2005 y 2006. Turistas por condición de receptivo o emisoro según motivo de viaje. Cuadro N. 2.

A pesar de lo expuesto, para algunas personas viajar no es sinónimo de placer, prestigio y descanso, sino de tensión, hundimiento y angustia. Si bien no existen fuentes oficiales, una gran cantidad de personas sienten un grado elevado de angustia a la hora de alejarse de su hogar ya sea por negocios y vacaciones. La angustia a viajar, en este contexto, se ha transformado no sólo en un tema de investigación en Ciencias Sociales sino además un tabú para gran cantidad de pacientes que se ven afligidos por este mal post-moderno el cual ya consta de un nombre específico, agorafobia (Nardone, 1997).

No obstante, uno de los problemas principales en los estudios relacionados con el miedo (desde uno leve hasta las fobias), es distinguir el sentido que se le ha de asignar a los términos riesgo, angustia y miedo, así como la forma en que éstos operan en nuestra vida cotidiana. En ocasiones los investigadores confunden las definiciones o no las aclaran apriorísticamente en sus trabajos hecho por el cual se complican las aplicaciones metodológicas posteriores y los resultados quedan seriamente comprometidos. En este contexto, el siguiente artículo intenta ser una breve reflexión y repaso minucioso de las diferentes contribuciones y corrientes filosóficas, sociológicas y psicológicas que se han ocupado del tema.

Definiciones

Tentativamente, una definición operacional de riesgo se refiere a las probabilidades de concreción de consecuencias indeseadas producidas por cierto evento ajeno al sujeto el cual a su vez puede afectarlo en forma parcial o total (Tierney, 1994). En la actualidad el estudio del riesgo comprende un conjunto de temas relacionados a: riesgos tecnológicos, desastres naturales, ataques terroristas, pandemias de virus no conocidos, etc; si bien la “teoría de la percepción del riesgo” tiene un antecedente de cuarenta años de investigación, luego del 11 de Septiembre de 2001 varios estudios se han dedicado al estudio de los riesgos percibidos con respecto a como los turistas, sus medios preferidos de transporte y la forma en la cual escogen sus destinos (Somnez, 1998) (Domínguez, Burguette y Bernard, 2003) (Paraskevas y Arendell, 2007) (Sackett y Botterill, 2006) (Prideaux, 2005) (Kozak, Crotts y Law, 2007) (Yuan, 2005) (Hall, 2002) (Floyd, Gibson y Pennington-Gray, 2003) (Floyd y Pennington-Gray, 2004) (Reisinger y Mavondo, 2005) (Goldblatt y Hu, 2005) (Castaño, 2005) (Schluter, 2008). El riesgo no sólo se ha hecho presente en nuestra vida sino que también despierta el interés de una gran cantidad de científicos modernos.

En principio, como explica F. Briones-Gamboa la palabra riesgo deriva del vocablo latino *resecum* que significa “aquello que corta” y se encuentra ligado al tiempo futuro. No sólo que el pasado no implica ningún tipo de riesgo, sino además que se encuentra asociado a otros términos como seguridad o prudencia. Una revisión histórica demuestra que no fue después del siglo XVII que el riesgo comienza a ser desarrollado en conjunción a otro término más antiguo del cual ya se habían ocupado los filósofos clásicos, el miedo. En el año 1775 un terremoto en Lisboa produjo unas 100.000 víctimas hecho que generó un fuerte cuestionamiento por parte de los pensadores europeos hacia

la justicia divina. En ese contexto, se inscribe una “laicización de la catástrofe” que ponen en duda la autoridad de Dios en la tierra y dan lugar a la Ciencia como la disciplina encargada de prevenir las tragedias. Mucho tiempo más tarde, a mediados del siglo XIX con el advenimiento de la filosofía existencialista y la modernidad el miedo tomará otra nueva cara, una despojada de objeto fijo e imaginaria a la cual llamarán angustia (Briones-Gamboa, 2007: 9-11).

Según U. Beck, las amenazas se forman de pequeños riesgos individuales que la sociedad tolera gradualmente pero que acumulados la hacen colapsar. De esta manera, en oposición con la sociedad burguesa que mantenía una línea divisoria entre la riqueza y la pobreza, la sociedad moderna enfrenta una nueva configuración en su orden social. Esta nueva sociedad recibe el nombre de “Sociedad del riesgo” cuya característica principal radica en que los riesgos son distribuidos a todas las clases o grupos por igual. A la lógica de la apropiación material del mercantilismo, se le presenta su antítesis, la lógica de la negación. En parte, por medio del periodismo o la ciencia los grupos privilegiados esconden información con respecto a los riesgos o minimizan los daños colaterales producidos por el hiper-consumo.

Así, en un escenario global donde se desdibujan los límites entre la inocencia y la culpabilidad, las responsabilidades y los derechos declinan. Básicamente, el miedo surge como resultado de la negación del riesgo. Por otro lado, la intervención del mercado se encuentra ligada a la necesidad de aliviar el peso que sienten los consumidores por medio de la introducción de diferentes artículos y bienes de consumo. Si la sociedad burguesa se ha caracterizado por la distinción jerárquica en donde los “ricos” conservaban sus privilegios, la sociedad del riesgo se asume como tal “ya que nadie se encuentra a salvo”. El temor por el descenso social o la pobreza ha sido remplazado por una necesidad de impedir que lo peor suceda. Por ese motivo, Beck argumenta que la producción de riesgos es proporcional a la distribución de la riqueza; su tesis central es que la imposición de riesgos sobre los consumidores los lleva a estimular ilimitadamente al mercado. En definitiva, el temor es la única necesidad que no tiene fondo y siempre se mantiene insatisfecha (Beck, 2006).

A diferencia del riesgo que expresa una categoría cognitivo-perceptiva, el miedo o temor adquiere un carácter emocional y simbólico. De esta manera, el temor puede considerarse una “emoción humana básica e intencional cuya característica general es estar circunscripto a algo limitado, concreto e identificable en un determinado objeto, tiempo o espacio”. La proximidad del riesgo con respecto al sujeto condiciona la percepción de una amenaza y la posterior reacción, la cual puede ser de enfrentamiento o huida. El temor genera dentro del sujeto procesos de ritualización cuyo fin último es destruir el suspenso y el peligro actuando que lo afectan de una manera imaginaria o simbólica. Sin embargo, aún luego de orquestados estos mecanismos regulatorios, en algunos casos el miedo puede resultar acechante hasta derivar en un grado extremo de terror o pánico. Cuando ello sucede, el sujeto abandona la confrontación directa y emprende la huida (Quarantelli, 1975) (Saurí, 1984) (Dupuy, 1999) (Quarantelli, 2001).

Desde esta perspectiva, P. Fraisse explica que una emoción (como el miedo o temor) puede experimentarse cuando la intensidad del riesgo supera a la capacidad del sujeto de dar una respuesta acorde a la situación. De ellas, tres situaciones son posibles como disparadores: a) lo novedoso, b) lo insólito y c) lo repentino. Por lo general, lo novedoso resulta cuando el sujeto no se encuentra preparado para enfrentar el estímulo externo. En este punto a medida que el aprendizaje avanza, menor es la posibilidad de sentir temor. El segundo caso se refiere a situaciones las cuales aunque no se repitan ejercen un gran desconcierto en la persona generando una gran carga de incertidumbre. Por último, lo repentino puede comprenderse como la situación en la cual existe un desfasaje entre el ritmo en que se lleva a cabo la actividad y la espera; por ejemplo una visita a familiares que aún siendo planeada se adelanta o se pospone. En esta línea de argumentación, el temor como cualquier otra emoción, sostiene Fraisse, es producto de estados elevados de motivación que trascienden las posibilidades o recursos del sujeto involucrado. Por otro lado, el temor desaparece en el momento en que éste emprende la acción; a medida que el aprendizaje evolutivo proporciona recursos e instrumentos para hacer frente a las diversas restricciones del entorno, el temor se hace más tenue (Fraisse, 1973: 127-131).

Siguiendo el trabajo de A. Peña del Agua sobre la evolución de los temores infantiles es necesaria una clasificación previa entre: temores totales, temores a espacios determinados y temores a animales. En un estudio llevado a cabo con 241 niños escolarizados de 2 a 5 grado de EGB, la autora intenta demostrar que a medida que el sujeto crece existe una menor propensión al temor. Dichos hallazgos coinciden con la bibliografía especializada la cual ha supuesto durante un tiempo que a medida que sujeto crece el temor tiende a disminuir. Sin embargo, durante los 11 meses que duró el trabajo se constató que los participantes no disminuyeron la puntuación anterior de temor hecho por el cual la especialista infiere que el paso del tiempo no es una variable significativa en la reducción del miedo (Peña del Agua, 1995).

La angustia por el contrario adquiere una característica longitudinal y estable que atraviesa todas las etapas históricas del sujeto; su conformación se encuentra ligada a valores mito-poéticos impersonales carentes de objeto y cuya respuesta se muestra como anticipatoria y/o permanentes a lo largo del tiempo; el concepto de angustia deriva etimológicamente en las lenguas germánicas de los términos *angst* (miedo o malestar) y *eng* (angosto). En las lenguas latinas su raíz deviene de *angor* más tarde transformado en francés como *angoisse* y denota un malestar o constricción epigástrica (Sierra, Ortega y Zubeidat, 2003: 28). Su naturaleza obedece a un estado afectivo secundario de pesar y malestar cuya aparición inicialmente se da por una reacción ante un potencial peligro pero se mantiene presente en la vida social del sujeto.

Según M. Heidegger la angustia debe ser comprendida como un estado de doble carácter. Mientras por un lado hunde de todo apoyo y apego en el territorio por el otro, deja al sujeto clavado y anclado en el vacío; así, existe entre el miedo y la angustia un diálogo constante. En este autor, la angustia surge cuando el "dasein" se encuentra con la nada y decide en su libertad continuar existiendo (Heidegger, 1997) (Heidegger, 1996) (Zubiri, 1991).

Mientras la angustia está condicionada por lo que viene y se manifiesta en el ser hacia fuera, el miedo surge del accionar específico de los otros en mí, hacia dentro. En este sentido, Heidegger (1996: 47) aclara que mientras el miedo se funda a sí mismo en un objeto determinado (miedo-a o miedo-de), la angustia se caracteriza por una constante indeterminación (angustia-por).

Para S. Freud existe una distinción conceptual entre la angustia realista y la neurótica. La primera se refiere a la generada por peligros o riesgos externos al sujeto mientras la segunda se origina en amenazas pulsionales internas derivadas de la represión o la energía transmutada. De esta forma, el sujeto cae en una “neurosis de angustia” cuando se torna incapaz de reequilibrar la excitación sexual endógena. Por otro lado, la situación traumática es resultado del “desvalimiento del yo” por acumulación de deseos insatisfechos (Freud, 1996: 87-92). Mas allá de las limitaciones del autor, la angustia neurótica entra dentro del campo de la psicología clínica y por ende ajena a nuestro marco de estudio. Al respecto, escribe J.P. Sartre el hombre que en su libertad de elección se ve comprometido con su propia existencia se encuentra vinculado a un sentimiento de angustia. Asimismo, ella no es propia inacción sino que surge de la responsabilidad por la decisión que se ha adoptado. Un jefe militar si toma la responsabilidad de atacar tiene a su cargo una cantidad de soldados de quienes depende su vida; de la interpretación de una persona que ejerce la jefatura surge la angustia ya que enfrentan una pluralidad de alternativas pero sólo una puede tomar (Sartre, 1997: 18).

No obstante, ¿cuál es la diferencia entre temor y angustia?. Desde la psicología social cuyo objetivo es estudiar la conducta del sujeto en grupo, el miedo no parece ser un factor que pueda ser estudiado desde el momento en que sobreviene individual, primario y básico en su fundamento —es decir, de los otros hacia mí- y su accionar es circunstancial y esporádico. Por ese motivo, el siguiente trabajo de investigación focalizará sobre la “angustia al viaje” hecho el cual por sí adquiere una naturaleza transversal, cultural y social, o sea “de mí hacia los otros”. No obstante, pueden hacerse ciertas comparaciones entre angustia y miedo para una mayor comprensión del problema como por ejemplo, la metáfora del viaje como parte de la angustia ante-la muerte. Según la definición operativa utilizada anteriormente, el miedo debe entenderse como un sentimiento de reacción inmediata ante determinado estímulo cuya aparición no es apriorística con respecto al estímulo; en este sentido, el tratamiento de los autores sobre el tema es erróneo e incompleto; siguiendo esta línea de razonamiento no es posible temer ni a la muerte ni al viaje por cuanto ambas operan por fuera de la experiencia directa, el temor opera a posteriori sobre el sujeto usando términos kantianos. Por ejemplo, no se puede temer a un hecho antes que este suceda; el temor no puede ser imaginado o elaborado simbólicamente antes que el objeto que lo estimula aparezca en escena. Si un sujeto teme morir, sólo experimentará la muerte una vez muerto y por tanto ya no sentirá temor; ésta contradicción no puede ser resultado de otra más que otorgando al temor su carácter primario. Circunstancialmente, lo que el sujeto siente ante la presencia de la muerte o antes de emprender un viaje por una tierra desconocida no es temor sino angustia.

Teoría de la Percepción del Riesgo

Uno de los antecedentes históricos más antiguos sobre la angustia al viaje se registra durante el Alto-Imperio Romano; más allá de tener a su disposición toda la seguridad de su guardia personal, el Emperador Octavio-Augusto en uno de sus viajes por las noches fue víctima de un rayo que casi le quita la vida. Desde ese entonces, nos cuenta Cayo Suetonio, que se rehusó a emprender cualquier tipo de viaje si las condiciones climáticas no eran las mejores: *“por lo que toca a sus supersticiones, he aquí lo que se dice: temía de modo insensato a los truenos y relámpagos, cuyos peligros creía conjurar llevando siempre consigo una piel de vaca marina. Al aproximarse la tempestad se escondía en paraje subterráneo y abovedado; este miedo procedía de haber visto en otro tiempo caer el rayo cerca de él durante un viaje nocturno”* (Suetonio, XC, 104). En este sentido, del texto analizado de Suetonio se desprenden tres observaciones al respecto a la resistencia de Octavio-Augusto a emprender viajes en días de tormenta: a) un miedo que Suetonio no duda en llamar *insensato*, b) un objeto ritual el cual ayuda a reducir ese miedo como ser la piel de vaca marina, y c) una analogía o similitud de situación entre un hecho “traumático” en el pasado sucedido durante un viaje y una posterior rememoración.

Testimonios similares se encuentran presente en las crónicas de M. Tulio Cicerón quien se refería a la adivinación como mecanismo ritual capaz de reducir la angustia en momentos liminares de incertidumbre. En la Roma del siglo I A.C, movidos por la angustia e incertidumbre producida por los desplazamientos hacia zonas lejanas y desconocidas, los viajeros antes de emprender una travesía consultaban a los augures quienes mediante diversos métodos de adivinación inferían las posibilidades de un retorno seguro al hogar. Según los testimonios recogidos por Cicerón, mientras se encontraba de viaje el rey Deyatoro, un día advertido por el vuelo de un águila canceló su estancia en una posada a la vez que se decidió a continuar su viaje, poco después la misma se derrumbó (Cicerón, I, v. XV, p. 32-33). Misma práctica puede observarse en la actualidad cuando los turistas, viajeros o exploradores se encomiendan a la protección de una figura religiosa.

Explica la profesora Alicia Schniebs que los viajes por mar también implicaban una apertura al riesgo y a una alteridad que se manifestaba como indómita y peligrosa para el género humano. El mar dentro de la cultura romana representaba una doble alteridad, una espacial tanto que vedado (al igual que el cielo y el mundo subterráneo) para su transitar y simbólica en tanto lugar negado ya que morir en el mar sin una sepultura terrenal implicaba que el alma del difunto vagara errante por el mundo terrenal sin rumbo fijo. En este sentido, la navegación simbolizaba la ruptura entre un mundo alguna vez ideal y primigenio en el que los hombres convivían con los dioses y compartían los alimentos con ellos sin necesidad de trabajo. La autora sustenta que el mar representaba una otredad peligrosa e infranqueable que excede la posibilidad de control masculino y amenaza su subsistencia como comunidad. (Schniebs, 2008: 122)

Si bien “la teoría de la percepción del riesgo” lleva ya más de cuarenta años en el campo de la psicología cognitiva, no fue antes del atentado del 11 de Septiembre en Estados Unidos, que sus alcances comenzaron a ser aplicados al estudio en la forma en que los viajeros perciben los destinos turísticos y vacacionales como así los riesgos que implican esos desplazamientos (Donilcar, 2005a; 2005b) (Domínguez, Burguette y Bernard, 2003) (Kuto y Groves, 2004) (Aziz, 1995) (Castaño, 2005) (Robson, 2008) (McCartney, 2008) (Floyd y Pennington-Gray, 2004) (Paraskevas y Arendell, 2007) (Mccartney, 2008) (Sackett y Botterill, 2006) (Essner, 2003) (Araña y León, 2008) (Bhattarai, Conway y Shrestha, 2005) (Goldblatt y Hu, 2005) (Tarlow, 2003) (Bhattarai, Conway and Shrestha, 2005) (Floyd, Gibson, Pennington-Gray and Thapa, 2003) (Hall, 2003) (Prideaux, 2005) (Kozak, Crofts y Law, 2007) (Yuan, 2005) (Lee, 2008).

El concepto de riesgo y su aplicación a los fenómenos sociales parece no ser nuevo aun cuando si lo sea su adopción por parte de la disciplina turística. Siguiendo a S. Donilcar de la Universidad de Wollongong en Australia, existe un paralelo entre el riesgo y el temor en el proceso de compra cuando el producto se torna intangible. En este sentido, el autor clasifica diferentes tipos de riesgo en el proceso de elaboración del producto turístico: a) riesgo financiero, b) riesgo social, c) riesgo psicológico, d) riesgo corporal o físico, e) riesgo funcional, f) riesgo en demoras, g) riesgo situacional, h) riesgo turístico real o percibido y i) terrorismo (Donilcar, 2005a).

Dos de los autores pioneros en trabajar este tema asociado a los destinos y viajes, fueron Roehl y Fesenmaier (1992) quienes en una muestra de 258 voluntarios dedujeron que los viajes de placer o descanso en ciertos grupos son considerados como de mayor riesgo en comparación con otros. Con una tasa de respuesta del 63.9%, los autores conformaron tres grupos (clusters) acorde a la forma en que los participantes percibían los riesgos y sobre los factores que incidían en ese proceso. El primer grupo denominado “place risks” (21 casos) estaba basado en aquellos para los cuales las vacaciones eran percibidas como de mayor riesgo, el segundo grupo (functional risks) se formó con personas (52 casos) que pusieron énfasis en los riesgos físicos o de equipamiento en planta turística mientras que el tercer grupo (risk neutrals) manifestaban un grado menor de riesgo percibido que los dos anteriores (165 casos). En este contexto, edad, género y estructura familiar se conformaban como tres variables importantes para explicar el grado de percepción del riesgo. De esta manera, el grupo “functional risk” con una fuerte presencia de niños menores a 6 años demostraban mayor predisposición a tomar viajes de más de un día a diferencia de los otros dos grupos. Por otro lado, los integrantes del “risk neutrals” consideraban en general a todos los viajes como seguros aún aquellos que se hacían por primera vez; estos participantes manifestaban cierta tendencia a experimentar en sus viajes novedad, excitación y aventura. En líneas generales, los resultados del estudio revelaron que existen pocas diferencias entre en la importancia que revisten las reservaciones previas como formas de disminuir la ansiedad y el riesgo en los tres grupos, pero es el “place risk” aquel en donde se acude a la visita de familiares y amigos como forma de contrarrestar el riesgo ante lo desconocido.

Para R. Schluter, es necesario considerar la posibilidad que el Turismo sea un fenómeno retráctil. Es decir, que se contraiga ante eventos y situaciones que impliquen cierto peligro para los viajeros como ser atentados, robos, asesinatos, crímenes u actos de otra naturaleza. Según nuestra autora, el protagonismo actual de la actividad puede verse condicionado por variables que el propio mercado no puede controlar. El consumo, y sobre todo el turístico, es un “acto voluntario” sensible por demás a la publicidad negativa de los destinos. La idea de hacer del viaje un momento memorable y positivo como recuerdo es el factor principal por el cual una persona elige (generalmente) un destino seguro (Schluter, 2008: 147-150).

Esta interesante hipótesis es respaldada por un estudio empírico llevado a cabo por Domínguez, Burguette y Bernard en donde se demuestra que los viajes de placer presentan una sensibilidad mayor a los eventos trágicos en comparación con aquellos llevados por negocios. Según los investigadores esto se debe a la gran dependencia que tiene la economía turística mexicana de los viajeros o turistas estadounidenses (Domínguez, Burguette y Bernard, 2003:336). Con un manejo de literatura suficiente sobre el tema, los autores preparan el estudio en base a las ciudades de Cancún, Puerto Vallarta, México, Monterrey, Puebla, y Los Cabos. La información por último es sometida a un índice estadístico P. Value (regresión múltiple binaria de 0 a 1). Según los hallazgos, los autores sostienen que el mercado de negocios parece menos sensible a los atentados o eventos negativos en comparación a los viajes de placer o vacacionales (Domínguez, Burguette y Bernard, 2003). No obstante los alcances de la investigación llevada a cabo por Domínguez, Burguette y Bernard (2003) merecen ser reconsiderados nuevamente.

En primer lugar, los autores no detallan de qué manera han compuesto su muestra y los métodos de recolección de datos. En segundo lugar, según los datos presentados la variación en porcentaje de ocupación del destino negocios es del 2% con respecto al destino vacacional del 6%. Esta diferencia parece no ser sustancial para afirmar que el turismo vacacional posee mayor sensibilidad al vacacional. Asimismo, la variación con respecto a la tarifa efectiva en el destino negocios es de \$-12 mientras que la variación en el destino vacacional es de \$-14. Por último, los autores sostienen arbitrariamente que destinos como México deben ser considerados de negocios mientras otros como puerto Vallarta de placer o vacacional. Esta división *ad-hoc* no sólo invalida y dificulta establecer relaciones fiables entre un segmento y otro, desde el momento que la ciudad de México concentra ambos tipos de segmentos, sino que también muestra serias dificultades para ser replicadas y repetidas en otros contextos. Por ese motivo, los autores deben admitir (de hecho lo hacen) que los datos no son tan claros como se esperaban.

El riesgo y la Nacionalidad

Ahora bien, en 2006 se publicó un interesante trabajo de H. Sackett y D. Botterill en donde se reveló que de dos muestras de 39 (Estados Unidos) y 59 (en Reino Unido) respectivamente, que la percepción de riesgo aumenta con respecto a la lejanía y proximidad de un destino. Para ser más exactos, el

estudio ha medido la percepción de dos muestras de turistas cuya nacionalidad es estadounidense ($n= 39$) y británica ($n=59$) considerando la posición de riesgo con respecto a una batería de destinos turísticos. Como se ha demostrado en otros estudios, un mayor porcentaje de americanos (72%) responden que el riesgo ha crecido luego del 11-09 en los británicos (42%); asimismo los americanos perciben de mayor riesgo los viajes internacionales (28%) que los británicos (12%). Por último, ambos grupos acuerdan con un 46% que sin importar la distancia geográfica con respecto a su destino turístico, un inminente acto terrorista puede disuadirlos de realizar su viaje de vacaciones o placer (Sacket y Botterill, 2006). Si bien los resultados del estudio concuerdan con las observaciones de Schluter (2008) y Domínguez, Burguette y Bernard (2003), lo cierto es que existen fallas metodológicas en cuanto a que Sacket y Botterill no dan datos específicos de cómo se ha seleccionado la muestra: a) la cantidad de integrantes en la muestra americana y británica es desproporcionada ($n= 39-59$), hecho que afecta notablemente los porcentajes de respuesta; b) no existe información de los criterios usados por los investigadores para la selección de las mismas, c) las muestras no parecen estadísticamente representativas, y d) no existen datos sobre los atributos de los participantes (género, edad, educación). Por estos motivos, los resultados del trabajo deben ser seriamente cuestionados.

Otros estudios en la materia apuntan a que personas desarrolladas en medios rurales tiene menos probabilidades de verse afectados que aquellos residentes en áreas metropolitanas. Así lo demuestra el profesor Michael Yuan con su estudio sobre la percepción de sectores rurales canadienses y sus niveles de satisfacción al viajar a los Estados Unidos. La hipótesis del trabajo sugiere que estos viajeros no se han visto influenciados por los atentados al WTC en la medida de otros segmentos, lo cual a su vez parecería ahondar en la hipótesis que en contextos de urbanidad los impactos son mayores que en contextos de ruralidad; no obstante el autor asume que los niveles de satisfacción positiva se deben a los lazos familiares que unen a unos y a otros –ya que su motivo principal es la visita a familiares y amigos (Yuan, 2005).

Por otro lado, una extensa investigación llevada a cabo sobre 348 hogares clasificó a los consultados según el riesgo percibido a la hora de elegir un destino turístico. En forma general, los tipos con mayor ponderación fueron el riesgo a sufrir un accidente (3.5-2.95) y a sufrir un atentado (3.45-2.61). Pero en lo particular, el cluster 1 varía en consideración con el 2. Si bien, se acuerda que el viaje es un factor de riesgo y la seguridad es un aspecto más que importante a la hora de vacacionar en el primer grupo (cluster 1), el segundo grupo (Cluster 2) la percepción del riesgo es notablemente menor. El grupo número 1 estuvo formado en su mayoría por jóvenes, mujeres y personas semi o desocupadas mientras el segundo se conformaba con personas de mayor edad, jubilados o empleados full-time. Dentro de estas consideraciones, Floyd y Pennington-Gray (2004) sugieren que la edad, la ocupación y el género son variables influyentes en la percepción de riesgo. Pero nuevamente, el trabajo muestra fallas epistemológicas serias que sesgan los resultados. En primer lugar, las dos muestras (clusters) son desproporcionadas ($n1= 134$ y $n2= 214$). Aun cuando los autores den detalles sobre su conformación etárea y generacional, el método de recolección de información parece poco fiable. Los

investigadores han recolectado la información por teléfono, y no especifican cuantas personas se han negado a participar.

Inmediatamente luego del atentado al WTC Floyd, Gibson, Pennington-Gray y Thapa midieron la percepción de riesgo entre los habitantes de Nueva York encontrando las siguientes características: a) los ataques o episodios trágicos interrumpen enseguida el tráfico aéreo, b) los riesgos en viajes de negocios son menores en comparación a los viajes de placer, c) los viajes y el turismo decrecen por la pérdida de confianza en la seguridad, d) la experiencia pasada moldea y reconfigura la percepción del riesgo, e) los viajes internacionales poseen una mayor percepción de riesgo, f) los encuestados no manifestaban intenciones de viajar en los próximos 12 meses, g) existen diferencias sustanciales con respecto a como los consultados perciben el riesgo y h) la renta y el ingreso condicionan las respuestas, aquellos con mayor ingreso mostraban mayor intención de viajar que los de menos ingresos (Floyd, Gibson, Pennington-Gray y Thapa, 2003). Uno de los mayores problemas de esta investigación fue el método de acopio de información. En efecto, los autores dicen haber recolectado las respuestas por medio de llamadas telefónicas. Cabe aclarar, que si bien esta metodología puede ser válida para ciertos temas, parece algo inocente que se pueden bucear en la profundidad del temor (y la vergüenza que ello implica) por un medio tan impersonal. Pero no todos los abordajes han ido por este rumbo.

Otra reciente investigación publicada por Wong y Yeh en 2009 enfatiza en que la percepción del riesgo es la variable que más influye en la elección del destino turístico y la duda. Luego de un desarrollo teórico acorde Wong y Yeh aplican en 504 participantes un cuestionario estructurado administrado inicialmente por estudiantes de turismo. La muestra está compuesta de 55.4% de mujeres y un 44.6% de hombres entre 21 y 30 años de edad. Del total muestrario, un 60.5% es soltero y posee títulos universitarios 60.7%. El estudio se lleva a cabo en el Aeropuerto de Taiwan entre 8 de Diciembre y el 8 de Enero de 2006 (Wong y Yeh, 2009).

Básicamente, los autores se concentran en explicar que a mayor conocimiento sobre un destino determinado, menor es la posibilidad de experimentar riesgo en la toma de decisiones. En este sentido y a pesar de los sugerentes descubrimientos, su desarrollo metodológico sugiere ciertas incongruencias. En primera instancia, los investigadores no dan ningún tipo de aclaración sobre las posibles influencias que pudieran tener en las respuestas el fin de año occidental como la Navidad en Taiwan. Por otro lado, no especifican la nacionalidad de los consultados como así tampoco los motivos éticos por los cuales se lleva a estudiantes a llevar a cabo un trabajo de campo que corresponde al mismo investigador. En este punto, los estudiantes manifiestan serios problemas a causa de su inexperiencia a la hora de administrar un cuestionario. Los resultados de la investigación, en consecuencia, sugieren la posibilidad de profundizar en la teoría del riesgo pero son presentados de manera general y universal cuando deberían estar circunscriptos a la elección muestraria de profesionales universitarios (taiwaneses o no) de entre 21 y 30 años. No se tienen certezas de que los mismos resultados puedan ser replicados en otros estratos como tampoco en otros aeropuertos. Por último, el

lugar donde se lleva a cabo la investigación sesga notablemente las respuestas obtenidas. Si el entrevistado está a punto de partir o de llegar, su propensión a considerar el riesgo es diferente en comparación a si se encuentra dentro de su hogar o en el hotel y el tiempo disponible para llenar el formulario; de hecho eso explica que de 700 cuestionarios participaran 504.

La personalidad y el riesgo

Convinando el rol que toma el turista, su estructura psicológica y la actividad, ciertos destinos serán percibidos como más peligrosos que otros sin importar la nacionalidad del viajero. En formas de turismo alternativo como el que llevan a cabo los mochileros el temor a un ataque terrorista tiene una menor incidencia en comparación a un turista estandarizado que se aloja en un Resort exclusivo (Reichel, Fuchs y Uriely, 2007). Otro experimento llevado a cabo sobre dos grupos compuestos por 246 australianos y 336 extranjeros persigue la hipótesis de que la ansiedad, la personalidad y las intenciones de viaje son variables significativas para la percepción del riesgo. Por medio de complejos métodos econométricos y correlación, los autores confirman que existe una relación notable entre ansiedad y la percepción de un riesgo a la hora de elegir un destino. En parte, el sujeto se encuentra condicionado por su historia, su cultura y su personalidad; si bien los investigadores concuerdan en que la juventud de los participantes sesga los resultados y en parte no permite mayores alcances, consideran en forma general los siguientes alcances: a) el miedo al terrorismo y sus efectos se potencia o debilita según las personalidades de los viajeros, b) los turistas extranjeros con un mayor grado de motivación con respecto al viaje experimentan menor grado de ansiedad, c) los turistas extranjeros sólo se desplazan a destinos que perciben como seguros, c) los destinos percibidos como seguros tienen mayor propensión a ser elegidos por los extranjeros, d) los turistas australianos evalúan sus vacaciones en materia de excitación y no de riesgo, y entonces e) aquellos que se autodefinen como aventureros demuestran menor ansiedad frente a un viaje lleno de emociones (Reisinger y Mavondo, 2005).

De particular interés, asimismo, es el modelo de Plog (1972) (1991) por el cual los viajeros se dividen según el tipo de personalidad que representan. Estos constructos pueden clasificarse en tres aloécnicos, mid-céntricos y psicocéntricos. Por medio de un continuum los tipos aloécnicos buscan variedad y aventura, son seguros de sí mismos y no necesitan de viajes organizados; por el contrario, los psicocéntricos se mueven acorde a normas establecidas, son en ocasiones miedosos o nerviosos y necesitan de un viaje organizado. En trabajos posteriores Plog (1991) enumera 28 características que son extraídas de tres rasgos dominantes en la personalidad, a) la limitación del territorio, b) la ansiedad y c) el sentido de la impotencia. A estas dimensiones les agrega la *energética/no energética* como categorías anexas. El objetivo de Plog (cuyo proyecto fue financiado por compañías aéreas) llevaba como objetivo demostrar que aquellos con un alto poder adquisitivo que no deseaban volar (non-flyers) en sus viajes desarrollaban una personalidad de tipo fóbica con un alto tradicionalismo, y dependencia con “fuertes vinculaciones territoriales” a los cuales encasilla dentro del tipo psicocéntrico (Plog, 1973) (Plog, 1991).

En este contexto, se podría afirmar la siguiente hipótesis de trabajo, las personalidades psico-céntricas posee un mayor grado de sensibilidad y reclusión a los eventos negativos (riesgo) como atentados y/o similares en comparación a las personalidades de tipo alo-céntrico. Sin embargo, con respecto a estos trabajos Castaño (2005:84) sugiere irónicamente “Stanley Plog, uno de los psicólogo del turismo cuya popularidad tal vez no se corresponda, creo, con el rigor científico que presentan algunos de sus trabajos”, da que pensar sobre los resultados de tales abordajes. Más específicamente, los resultados de Plog fueron seriamente cuestionados por los hallazgos de Hoxter y Lester por el cual los destinos caracterizados por tipos alo o psicocéntricos no se corresponden en nada con las tipologías psicograficas de ese tipo (Hoxter-Lee y Lester, 1988) (Castaño, 2005:89).

Dentro de este contexto, un ejemplar estudio sobre una muestra de 1.180 viajeros internacionales de 14 países diferentes (con encuestas dirigidas en los Aeropuertos), revela que el riesgo es parte inherente en la toma de decisiones en cuanto a los destinos turísticos. Si bien los Kozak, Crotts y Law comprenden que las tragedias externas como el SARS, los ataques terroristas y las guerras condicionan los flujos turísticos, parece haber destinos inmunes a esta clase de eventos como el caso de Hong Kong. Tomando como marco referencial los aportes de G. Hofstede en cuanto al estudio de la cultura, los autores esbozan las siguientes conclusiones: a) un 83.8% respondieron que los riesgos elevados hacen cambiar los destinos, b) aquellos que desean no cambiar de destino son hombres, mayores y catalogados en la escala de Hofstede con una tolerancia media a la incertidumbre; c) entre los riesgos percibidos primero está las enfermedades infecciosas y luego el “terrorismo”, d) la percepción negativa en caso de desastre natural o atentados también afecta a los países vecinos, e) los riesgos no recaen los países sino sobre regiones geográficas como un todo homogéneo y f) mientras los casos de terrorismo pueden ser identificados geográficamente países industrializados, el riesgo a una pandemia es focalizado en países subdesarrollados o del tercer mundo; g) los desastres naturales parecen no ser causales de cambio o cancelación de viajes; finalmente los autores invitan a complementar los estudios sobre las preferencias demográficas y sociológicas que podrían llamarse macro y su influencia sobre la percepción del riesgo/temor con las micro psicológicas estructuradas como las de Plog en la personalidad (Kozak, Crotts, y Law, 2007).

Retomando los alcances del abordaje de Reisinger y Mavondo ya expuestos, Yun y Maclaurin presentan una escala científica (organizada con 22 categorías) para medir la percepción de seguridad en los viajes. Según su postura, existe una brecha en la literatura existente que vincule temas relacionados a la seguridad con los factores psicológicos de la personalidad. Los autores presentan un instrumento sofisticado con el objetivo de cuantificar como impactan las amenazas percibidas en la forma de construir la experiencia del viaje. Basados en la construcción de una escala tipo Lickert, Yun y Maclaurin aplican su instrumento en una muestra de 263 estudiantes de la Universidad de Guelph en Canadá (116 varones y 147 mujeres) con una media de 22 años de edad. Las repuestas son clasificadas en 3 grupos (clusters): a) seguridad-

equilibrada (n=124), b) buscadores de seguridad (n= 88), y c) tomadores de riesgo (n=55). Los resultados del sondeo exploratorio demuestran en los tres grupos cierta significancia de las variables cognitivas en el acceso a la información (5.63), seguido de Asuntos Sanitarios (5.53) y Vulnerabilidad del visitante al crimen (5.52) (Yun y Maclaurin, 2006).

Los investigadores respaldan su instrumento y método según los objetivos que se plantean; sin embargo, existen inconsistencias metodológicas que ameritan una revisión. En primer lugar, las preguntas de la escala Lickert están redactadas en forma asertiva hecho por el cual condiciona la respuesta. Por ejemplo, “la información en la seguridad del viaje es efectiva para reducir la posibilidad de daños”. Los encuestados parecen responder afirmativamente a la pregunta por la forma en la cual esta es planteada. Segundo, el rol de los participantes (estudiantes) con respecto a los encuestadores (profesores) conlleva una dinámica de subordinación entre los actores. Tercero, en la variable “seguridad del destino” se observa cierto tinte etnocéntrico en la manera en que se construyen las frases. Oraciones tales como “Yo no viajaré a un destino que presente problemas de sanidad en el alimento”, “Yo no viajaré a países extranjeros que presenten problemas de seguridad”; ello sugiere la idea que los países extranjeros tienen carencias en materia de seguridad y sanidad. Mismo sesgo presentan las oraciones que hacen referencia al idioma como una causa de peligro a la hora de visitar un país extranjero. Entre las contribuciones generales de la teoría de la percepción del riesgo se pueden resaltar: a) las personas de sexo femenino muestran una mayor percepción del riesgo que los masculinos; b) las personas de mayor edad muestran un riesgo mayor que los más jóvenes; c) el miedo al terrorismo y sus efectos se potencia o debilita según las personalidades de los viajeros; d) los turistas extranjeros sólo se desplazan a destinos que perciben como seguros; y e) las relaciones familiares y de amistad reducen la ansiedad y la percepción del riesgo. No obstante, algunas cuestiones de índole general deben ser debatidas.

Problemas Generales de la Teoría

En la siguiente sección se analizarán las diferentes limitaciones y problemas metodológicos que muestra la teoría de la percepción del riesgo en el estudio científico. Particularmente, los estudios en cuestión tienen como objetivo principal explicar la relación entre la percepción del riesgo en viajeros y su incidencia en el consumo turístico a la vez que pretende reconocer y asilar los aspectos que amenazan al turismo (Floyd, Gibson, Pennington-Gray y Thapa, 2003) (Yuan, 2005) (Castaño, 2005) (Reisinger y Mavondo, 2005) (Wong y Yeh, 2009). En este sentido, los objetivos planteados llevan a que los resultados sean superficiales y el contenido de la investigación se desdibuje en un mar de coeficientes econométricos que pretenden cierta científicidad y seriedad. Sin embargo, como ya se ha revisado: a) las muestras elegidas son desproporcionales entre sí hecho que afecta las comparaciones porcentuales (Roehl y Fesenmaier, 1992) (Floyd y Pennington-Gray, 2004) (Sacket y Botterill, 2006), o no existe un criterio claro de justificación en la elección de las mismas (Plog, 1972; 1991) (Sacket y Botterill, 2006) (Domínguez, Burguette y Bernard, 2003) (Wong y Yeh, 2009); b) algunas de las preguntas en las escalas

aplicadas son etnocéntricas ya que suponen una división ideológica entre las sociedades industriales y emergentes (Kuto y Groves, 2004:89) o replican mensajes “nacionalistas” (Floyd, y Pennington-Gray, 2004) (Yun y Maclaurin, 2006) (Kozak, Crofts, y Law, 2007); c) previas relaciones definidas de subordinación entre encuestado y encuestador (Yun y Maclaurin, 2006); d) cuestionarios enviados por teléfono o vías que cierran las posibilidades de re-pregunta (Floyd, Gibson, Pennington-Gray y Thapa, 2003) (Floyd y Pennington-Gray, 2004) o cuestionarios sólo aplicados en inglés para no nativos de ese idioma y en momentos de pre-embarque que condicionan la respuesta (Wong y Yeh, 2009). Por otro lado, la mayoría de los estudios en este campo se llevan a cabo mediante la implementación de métodos cuantitativos intrusivos los cuales no son complementados con ningún tipo de metodología cualitativa que permita una perspectiva alternativa.

Desde el curso político-ideológico, la teoría de la percepción del riesgo aplicada al estudio de los viajes parece vinculada a intereses geo-políticos específicos reforzando cierta subordinación al binomio centro-periferia. En efecto, al margen de lo expuesto y de los serios problemas metodológicos subrayados, los trabajos en cuestión dicen más por lo que omiten que por lo escrito. En cierta manera todos ellos enfatizan enérgicamente en dos puntos: a) los efectos del 11 de Septiembre de 2001 como fecha mítica que marca unos antes y después para los destinos turísticos internacionales; b) el “terrorismo” atenta no sólo contra sus objetivos específicos sino contra la productividad de los destinos y el empleo a mediano plazo y c) el turismo adquiere el deber moral de convertirse en un instrumento “estratégico” para mejorar la productividad material y económica de una región. Por tal motivo, es necesario no sólo cuestionar los alcances de dicha corriente sino presentar una propuesta que supere las limitaciones expuestas.

Martín Heidegger, el miedo y la angustia

En el siguiente apartado se analizará en profundidad la postura de M. Heidegger con respecto al miedo y a la angustia. Si se comprende al “ser” como el cuestionamiento propio del “ente”, que tanto en carácter de tal se pregunta y se busca así mismo. En la constitución existencial del ahí, Heidegger considera que el miedo se fundamenta en tres etapas interconexas entre así: *el ante qué* del miedo, el tener miedo y el porque del miedo. En el ante qué el miedo se transforma en “temible” y amenazante. A su vez, lo amenazante comprende que: 1) lo compareciente adquiere la forma de perjudicial, 2) tal perjudicialidad apunta a ciertos ámbitos de entes que pueden ser afectados por ésta; 3) surge la inquietud como una experiencia proveniente de la propia zona, 4) lo perjudicial no se encuentra todavía en una cercanía dominante pero se está acercando y 5) el acercamiento se da en la cercanía (Heidegger, 1997: 164). En cuanto a lejano, el acercamiento no revela su temibilidad pero cuando se acerca lo perjudicial se construye como “amenazante” en la idea que puede tocarnos, alcanzarnos pero no es exacto, quizás pueda no tocarnos. En efecto, dice Heidegger, el miedo se constituye en cuanto a tal cuando lo perjudicial en su devenir no disminuye la posibilidad de alcanzarnos. Por el contrario, *el tener miedo* permite al ser-ahí liberar lo

amenazante tal y cual como ha sido presentado ante él (Heidegger, 1997: 165)².

Todo aquello por lo que el miedo teme es el *dasein* porque sólo el *dasein* puede verse reflexivamente a sí mismo y entonces puede experimentar temor. Por lo tanto, su función es abrir a este ente de su estar-en-sí-mismo a estar-en-peligro. En cuanto al *porqué del miedo*, Heidegger argumenta que el peligro para el *dasein* es la amenaza de su estar inserto en el medio, si tememos por la pérdida de nuestra casa o nuestros, es porque estamos ocupando un lugar en ese estar-ahí; en este sentido, el miedo puede tomar dos carriles diferentes, por un lado puede hacerle perder la cabeza al *dasein* mientras que por el otro puede hacerle ver cerrando al estar-puesto-en peligro y reencontrándose consigo mismo. Esta disposición afectiva, que es el miedo, puede estar vinculado hacia otros; en ese temer, podría llegado el caso no experimentar el mismo sentimiento que nosotros o no optar por la misma disposición afectiva; cuando ello sucede, el *dasein* “temer al máximo” por el otro precisamente porque el “otro” se conduce en el mundo temerariamente o arremete sobre lo “amenazante”; a esta figura Heidegger la denomina “el temer por”. Este tipo de coexistencia en el otro sugiere que lo temible en el temer por no debe ser comprendido como una “forma extenuada del temer”, sino como una manera de “temer por uno mismo en la coexistencia del *dasein*”³. Sin embargo, ¿cuál es la diferencia entre el miedo y la angustia?

Para responder a esta pregunta es menester adentrarse en el tratamiento que Heidegger hace de la nada. Este punto lo trata con mayor profundidad en una segunda obra (*¿Qué es la metafísica?*) en donde al filósofo alemán explica a la angustia como una forma de “*hacer patente la nada*” dejando al ser-ahí suspendidos en la pregunta *¿qué pasa con la nada?*. Definiendo la nada como “*la absoluta negación de la universalidad del ente*”, Esteban Fey interpreta el pensamiento de Heidegger sobre la angustia como una manera de intelectualizar “la nada”. La angustia sobreviene a la libertad del ser, pero sobre todo cuando ese ser descubre lo desconocido. En este sentido, se experimenta “angustia” por lo que ha sido y no volverá a ser, por la nada misma, “recuerdos imposibles”, la angustia es traer la nada -la no existencia que no existirá nuevamente- a nuestra propia consciencia. No obstante, existe otro tipo de angustia que es generada por “algo” que no puede ser precisado pero que se encuentra ahí, es precisamente la angustia que pone al ser en contacto con la nada, es decir con la muerte (Fey, 2002: 308).

² Al respecto, el autor dice “no es que primero se constate un mal venidero (*malum futurum*) y que luego se lo tema. Pero tampoco empieza el miedo por constatar lo que se acerca, sino que primeramente lo descubre en su temibilidad. Y teniendo miedo, el miedo puede, enseguida, en una explícita mirada observadora, aclarar qué es lo temible” (Heidegger, 1997: 165).

³ Ahora bien, el “susto” surge en momentos en los cuales algo amenazante irrumpe sorpresivamente en medio ocupado por el ser-en-el-mundo pero acompañado por su “todavía no, pero posiblemente en cualquier momento”; en este contexto, lo repentino de lo amenazante en el caso del susto es familiar, mientras que si es totalmente desconocido da lugar al *pavor*. Asimismo, cuando el carácter de amenazante se encuentra con el *pavor* conservando su repentinidad se origina el *espanto*. Hasta aquí se ha analizado las diferentes formas del miedo y sus etapas constitutivas según el estar-en-el-mundo del *dasein*.

La contribución del autor y su tesis del no-todavía parten de la idea que una vez nacido el hombre está hecho para morir; en su devenir de la muerte el Dasein encuentra su constitución fundamental, su propia madurez pero paradójicamente el fin amenaza al Dasein. En ella, en la muerte, el ser encuentra su co-estar con otros. En consecuencia, *“la condición de arrojado en la muerte se le hace patente en la forma más originaria y penetrante en la disposición afectiva de la angustia. La angustia ante la muerte es angustia ante el más propio, irrespectivo e insuperable poder ser. El ante-qué de esta angustia es el estar-en-el-mundo mismo. El porque de esta angustia es el poder ser radical del Dasein”* (ibid: 271). No debe confundirse, la angustia ante la muerte con el miedo a dejar de vivir. La angustia no comprende una “flaqueza” temporal del sujeto sino una disposición afectiva “fundamental” del Dasein.

Ahora bien, la idea que muchos nieguen el fin es prueba, según Heidegger, que el Dasein tiene la particularidad de ocultarse en su vuelto-hacia-la-muerte y por lo tanto puede huir temporalmente. En pocas palabras, en la medida en que vive el Dasein muere constantemente en el ser-caído de su cotidianidad. En el con-vivir se puede concebir la muerte como un evento –lejano o cercano-difuso que puede llegar o no pero por el momento no amenaza. En este punto, el Dasein convierte un fenómeno que es intrínsecamente mío en algo público que debería ocurrirle a “otro”. En su cotidianidad, la muerte es comprendida como algo indeterminado que actúa fuera del estar-ahí en el “uno”. Ese encubrimiento, escribe Heidegger, procura cierta tranquilidad al Dasein, ya que al morir el uno se previene su propia muerte, mas en *“la angustia ante la muerte el Dasein es llevado ante sí mismo como estando entregado a la posibilidad insuperable”* (ibid: 274), que no es otra cosa que su encuentro –adelantado- con la nada.

Por otro lado, en su obra *¿Qué es la metafísica?*, y otros ensayos, Heidegger define la nada como la negación “de la omnitud del ente, o en otros términos “el no ente” (Heidegger, 1996: 43). La angustia se hace presente cuando el sujeto se topa con la nada, precisamente porque no es “aniquilado” o “negado” de sí mismo sino que lo rechaza hacia el hundimiento del ser (el anonadamiento). En otras palabras, la nada recuerda al sujeto su impotencia frente a la totalidad y es por eso que se angustia; no lo destruye sino lo obliga a vivir (existiendo-en) con ese sentimiento de impotencia. Por lo general, la nada se mantiene camuflada o “disimulada” para el sujeto el cual tiene la tendencia de perderse en el ente y sumergirse en la “pública superficie de la existencia”. Es precisamente la angustia –que pertenece adormitada- aquella que permite correr el velo para ponerse frente a la nada –angustia radical- (Heidegger, 1996: 52).

El antropólogo español J. Nebrada sugiere que la relación entre el Dasein y la muerte no es casualidad en Heidegger sino contextual. Su adscripción al partido Nacionalsocialista y sus aspiraciones políticas lo habrían llevado a la construcción de un ser que configura su identidad frente al avance “de la muerte”. De esta manera, el *Sein zum Tode* heideggeriano se remite al “siniestro” culto a la muerte de las tropas nazis y su estética heroica tanto dentro como fuera de Alemania (Nebrada, 2009). ¿Es Heidegger o su

pensamiento la negación de la otredad?. Sobre la imposibilidad de Heidegger en comprender la otredad, aclara A. Duarte que sólo el encuentro con ese otro puede darse en una afinidad de ese otro en el mismo mundo y lenguaje. En lo cotidiano, el Dasein se encuentra frente a otro que no le es extraño aun cuando puede con éste ser hostil o amable. Pero la pérdida del sí mismo en la publicidad aparece cuando el Dasein se abandona a la dictadura del “impersonal” en cuyo caso “el otro” desaparece a la vez que el propio Dasein es sustituido por el-ser-de-otros. La responsabilidad es arrebatada del Dasein a otro colectivo que si bien tiene fuerza y presencia no es nadie. Esta clase de extrañamiento, sugiere Duarte, culmina en angustia cuando el Dasein ve desmoronarse “su refugio” y su interpretación pública de sí mismo. La interpretación impersonal y pública del Dasein conlleva una imposibilidad de auto-comprensión; lo extraño empuja al Dasein frente a una perturbación del sí mismo impropio y hacia la singularidad desazonada “de su poder-ser-más-propio”. En resumen, el Dasein huye constantemente de la singularidad desazonada y de lo extraño, refugiándose en la seguridad de la mediación en la interpretación pública (Duarte, 2006).

Federico Nietzsche y el origen de la tragedia

En su trabajo publicado originalmente en 1872 y titulado *Die Geburt der Tragodie aus dem Geiste der Musik (El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música)*, luego llamado –alternativamente- *el Origen de la Tragedia*, Nietzsche enfatiza en la coexistencia de dos tipos de espíritus en el mundo del arte: el apolíneo y el dionisiaco. En efecto, se pregunta el autor ¿cuál es la razón del arte griego?, ¿qué significa la tragedia nacida de él?.

En oposición a Aristóteles y Kant, Nietzsche parte de la base que conceptos como “bien” o “mal” obedecen a un arbitrio “indiferente” surgidos del seno del Cristianismo, el mundo sólo puede ser justificado como “fenómeno estético”. F. Nietzsche ve en este movimiento una negación del propio mundo, en el sentido en que “*del cristianismo como la más aberrante variación sobre el tema moral que ha sido dado a oír a la humanidad hasta el presente* (Nietzsche, 2008: 17). Con una influencia notable del filósofo romano Lucrecio, Nietzsche sostiene que inicialmente, a pesar de todos los esfuerzos humanos es “imposible” que el mundo apolíneo detenga el imparable avance del dionisiaco. En cierta manera, el pathos trasciende al logos. Apolo en los griegos representaba el deseo de todas las fuerzas creadoras expresadas en el principio de individuación, sabiduría, alegría y belleza a lo cual se lo comprende en analogía al sueño el cual por aparente deja un vacío en la existencia del ser; el que despierta de un sueño claro que quisiera seguir soñando. Por el contrario, la embriaguez se asocia indefectiblemente al espíritu dionisiaco el cual por medio de su acción narcótica lo arrastra en su subjetividad hasta el grado de fundirse en un “uno” y olvidarse de sí mismo.

El estado moderno, en este sentido, parece la más fiel expresión del triunfo temporario del orden apolíneo. El origen de la tragedia debe encontrarse en el coro trágico como la forma sublimada de representación de todo lo horrible que existe en la naturaleza en el hombre. La introducción del coro en la tragedia ha

sido un acto por el cual se le ha declarado la guerra al naturalismo en el arte. Con éste han devenido posteriormente los museos y las figuras de cera y todo lo que es pseudo-ideal en el mundo del arte. En su desarrollo, Nietzsche sugiere retornar al mundo de la estética y abandonar la ética y moral de los idealistas. Luego de pasar revista a los mitos de Prometeo y Edipo, como no podía ser de otra forma, Nietzsche no sólo se refiere al cristianismo en sí, sino también a toda la filosofía socrática y peripatética. Lo apolíneo vive de espaldas a la realidad en una especie de ilusión, de sueño ingenuo del que al despertar obviamente se horroriza; aquí encontramos la figura del horror o terror en nuestro autor. La tendencia que se inicia con Sócrates y culmina con Eurípides ha expulsado el elemento dionisiaco de la tragedia y ha reconstruido al arte desde una perspectiva moral. *“Tan prodigioso es el poder del arte apolíneo, que transfigura a nuestros ojos las cosas más horribles, por ese goce que sentimos al contemplar la apariencia, la visión, por esa felicidad redentora que nace para nosotros de la forma exterior, de la apariencia”* (Nietzsche, 2008:74). En ese intento de controlar al pathos converge en una situación de espanto; para fundamentar su argumento, Nietzsche introduce el relato mítico de Penteo (nieto de Cadmo) y rey de Tebas quien se ve envuelto en un fatal acontecimiento cuando es despedazado vivo por las bacantes, entre quienes se encontraba su propia madre extasiada por el dios Dioniso.

Cuenta la leyenda que Dionisio, hijo de Zeus y Semele (un Dios algo difícil de encasillar relacionado al placer o al vino) a Tebas personificado como un sacerdote de su propio culto, es rechazado como extranjero y bárbaro por el Rey Penteo. Por medio de sus diferentes artimañas, Dionisio alborota la ciudad transformando el carácter de las mujeres de simples y pasivas esposas, a salvajes e insaciables seres que abandonan a sus hijos y a sus tareas en el hogar para dirigirse a los campos. Penteo manda a encerrar dos veces al dios quien con sus trucos logra finalmente liberarse, e invita socarronamente a Penteo como observador escondido en un pino, es descubierto por las bacantes y por Agave su propia madre quienes estaban en un culto orgiástico desenfundadas y entregadas al deseo de todos los excesos. Las bacantes presas de una ira furiosa por haber sido descubiertas, despedazan vivo a Penteo y le entregan la cabeza a su madre quien orgullosa la muestra como trofeo, pasado el efecto narcotizante y vuelta en sí, Agave da cuentas del horror, de haber sido participe en el asesinato de su propio hijo; (Vernant, 2005: 152-157)

Siguiendo el pensamiento de Nietzsche, Vernant sugiere que Penteo representa al hombre griego en una de sus características más representativas, la capacidad de razonar (logos), mantenerse a raya de cometer cualquier acción indigna, ni ser presa de sus pasiones a la vez que dirige su desprecio hacia las mujeres como portadoras de la pasión (pathos). Incluso, Penteo desprecia al sacerdote en forma simbólica como los griegos despreciaban a todo lo que no era griego (etnocentrismo) y le niega de sí la hospitalidad. Tras su necesidad de mantener el orden jerárquico, Penteo cierra la llave de la hospitalidad del hogar donde se encuentra la mujer (Vernant, 2005: 155-156). En este sentido, no es extraño como viera Frederick Nietzsche el origen de lo trágico como la confluencia entre el logos y el pathos, una suerte de intento de dominación de la razón por sobre la fuerza de la vida, sobre lo emocional. Todo

lo que hay de terrorífico en el hombre, es el propio intento de hacer humano lo salvaje.

En este sentido, Jean-Pierre Vernant estudia el mito en cuestión como “la pérdida de la identidad”. En efecto, el drama es provocado no por el estado natural de las bacantes sino por la propia incompreensión de Penteo quien niega el vínculo entre lo extranjero y Tebas. Así, escribe Vernant “*Penteo sufre una muerte espantosa: el civilizado, siempre dueño de sí, que cede a la fascinación de lo que pensaba que era el otro y lo condenaba, es desgarrado vivo como un animal salvaje. El horror se proyecta en el rostro de quien no ha sabido hacerle lugar al otro*” (Vernant, 2005: 161).

Finalmente, el culto a Dionisio (Baco) “quedará por siempre” en Tebas como recuerdo de la identidad perdida. En resumen y según lo expuesto, el temor y más aún el error actúan en conjunción con la negación del extranjero, del otro diferente, a cuanto más diferente y más negado, mayor es el miedo. Sin embargo, ello no resuelve la posición del miedo en la vida de los hombres; es decir, Penteo reniega de lo extraño por miedo, a la vez que da origen a lo trágico, lo horroroso en sí mismo. Empero, el miedo y la angustia parecen ser internos a la propia comunidad y despierta en situaciones específicas. Si esto es así, entonces deberíamos unir un puente conceptual que focalice en como actúa el miedo dentro de las mismas sociedades en las que se encuentra alojado (como un huésped). La angustia por lo extraño comienza y reside en uno mismo.

Siguiendo el análisis de M. Kessler sobre la clasificación de los viajeros Torregroza Lara considera que existen cuatro tipos bien definidos: viajeros, turistas, exploradores y conquistadores; cada uno de ellos tiene una relación diferente con el paisaje. El viajero se aproxima al espacio geográfico desde el desinterés propio de quien encuentra su predisposición “feliz” a admirar el paisaje. Por el contrario, el turista consume el espacio apropiándose mediatemente de su imagen no dejando que la experiencia lo atraviese. Al turista le es propio el sitio ya que recorre por itinerarios ya articulados mecánicamente convirtiéndose en un “consumidor de sitios” o “pseudo-viajero”. Las otras dos formas alienantes, el explorador y el conquistador se encuentran motivados por la dominación del espacio geográfico, el comercio y el control simbólico. En contraposición con Kessler, Torregroza-Lara observa que estos tipos no pueden ser considerados “puros” sino que coexisten incluso dentro de los propios “ciudadinos” quienes asumen uno u otro rol dependiendo de las circunstancias (Torregroza-Lara, 2009: 90-92). En efecto, la experiencia del viaje y la posición del viajero en cuanto al entorno dependen de cómo éste ejerce su libertad. Los tipos alienados sentirán mayor angustia que los no alienados. Empero, ¿cuál son los factores que disparan dicha angustia?.

Los Aspectos Clínicos de las fobias

Con respecto a la fobia, es el austriaco Sigmund Freud el primero quien la describe con mayor detalle. Su trabajo sobre la fobia en el caso Hans, se considera la base para todos los abordajes psicoanalíticos que vinieron

después. Etimológicamente su nombre deriva del griego φοβία, que específicamente significa temor o terror. El caso Hans (Juanito) según Freud es el sustento sobre su teoría de la vida sexual infantil. El gran acontecimiento en la vida del niño es el nacimiento de su hermana Hanna, hecho observado y documentado inmediatamente por su padre. En este sentido, Freud describe con lujo de detalles los diferentes procesos por los cuales se desarrolla la fobia. Particularmente, explica Freud el miedo en Hans versa sobre la posibilidad de que un caballo lo muerda, ese mismo temor se intensifica con el transcurso del tiempo. Según el psiquiatra austriaco, la fobia se inicia por el principio de castración y la posible pérdida del amor materno. La angustia y la ambivalencia de sentimientos que genera la competencia con su padre y con su hermana por el amor de su madre, despierta en el pequeño Hans una predisposición hostil y de apego a la vez (Edipo). Esta predisposición en el niño hacia el padre sigue un proceso de fragmentación (aunque Freud no le pone ese nombre), producido por la ambivalencia de amor y odio, una posterior proyección y un desplazamiento hacia un objeto externo (Freud, 1998). Desde esta perspectiva, la fobia –como miedo paralizante- intenta condensar sentimientos ambivalentes de amor y odio con el fin último de evitar la disgregación de la personalidad del sujeto. Evitando el objeto fóbigeno, el sujeto reduce la angustia que produce sus propios sentimientos encontrados.

Sin embargo, uno de los problemas los cuales Freud no continúa analizando es el vínculo y formación entre las fobias “tempranas” (como el miedo a las serpientes y a ciertos insectos) y las fobias producidas en el desarrollo del sujeto. La laguna producida por el desarrollo freudiano en el punto anterior es continuada por M. Klein. Para la autora, toda fobia encuentra su origen en procesos de socialización tempranos y previene la desintegración del yo. Por lo tanto, si bien pueden existir manifestaciones fóbicas en la adultez, éstas no son otra cosa que derivaciones surgidas en la etapa oral. Siguiendo este esquema de pensamiento, en Klein los mecanismos intervinientes en la producción de una fobia son: el impulso sexual y su propia pulsión destructiva. El miedo interno a la propia destrucción es desplazado hacia un objeto distante. En otras palabras, la fobia es una forma de preservación ante los instintos auto-destructivos (Klein, 1987). Es cierto que la mayoría de los psicoanalistas han seguido sus propios carriles en el tratamiento de la fobia pero casi todos coinciden con las observaciones freudianas en cuanto a su etiología (Ward, 2001) (Dio Bleichmar, 1991) (Cosentino, 1998). Como veremos a continuación, con la excepción de la corriente sistémica nacida hace unas décadas y conocida como la escuela de Palo Alto.

En su tratamiento sobre las fobias, Nardone, un sistémico de pura cepa, arremete contra cuatro paradigmas científicos previos que estudiaron el tema. El primero de ellos instaurado por el Círculo de Viena y el psicoanálisis considera que la fobia deviene de un trauma no resuelto en la niñez. De un total de 152 casos estudiados, Nardone sugiere que sólo 3 casos han revelado tener traumas infantiles. En este sentido, los tres pacientes admitieron haber recibido durante su tratamiento previo una terapia psicoanalítica por lo que denota cierta auto-sugestión. En segundo término, Nardone intenta derribar el mito biologicista de la fobia como efecto provocado por el *locus caeruleus* y la serotonina en el cerebro humano. En general, si así fuera admite nuestro

psicólogo, entre su grupo de estudio haber pacientes que aún recibiendo apoyo farmacéutico hubieran visto curados definitivamente de su patología. La tercera hipótesis derribada implica que la fobia y situaciones de pánico deriva de relaciones familiares débiles o de personas criadas en contextos sobre-protectores. Según su línea argumentativa, de los 152 pacientes, 91 de ellos (60%), habían demostrado ser independientes en su vida emocional y social. Por último, la cuarta hipótesis se refiere a que la mayoría de los casos fóbicos remiten a una secuencia reflexológico-mecanicista por cuanto existe una causalidad entre los estímulos perturbadores y la elaboración de una respuesta fóbica posterior. Sin embargo, insiste Nardone, un 68% de sus pacientes demostraron no tener un estímulo concreto de temor sobre el cual reaccionar. Lo expuesto nos sugiere una pregunta que es inmediata y necesaria, ¿Cuál es la propuesta del autor en la explicación del origen de la conducta fóbica?.

Para el autor, *“parece que lo que determina la constitución de la grave sintomatología fóbica no es el hecho inicial, sino todo lo que el sujeto realiza para evitar el miedo. Eso significa que las soluciones ensayadas, elaboradas por las personas para evitar el miedo a desencadenar sus propias reacciones emotivas y somáticas del miedo, conducen a un agravamiento de la sintomatología misma”* (Nardone, 1997: 70). La constitución de la fobia, es una respuesta “a la impotencia aprendida” cuyo pesar radica en un crecimiento del sentimiento de impotencia a controlar ciertas variables del entorno. Dicha condición, cuando surge, viene acompañada de dos respuestas “ensayadas”, la huida y la búsqueda de ayuda en los seres queridos. Ambos cursos de acción, en vez de solucionar el problema lo agravan. En parte, ello se debe a que el sujeto rebaja “el umbral” por el cual el miedo se activa, generando una conducta evitativa. Quien siente malestar por quedarse sólo en casa, intentará evitar toda situación similar hasta llegar a evitarlo casi todo.

En el segundo caso, los familiares y amigos aceptan el pedido de socorro pero brindan un doble mensaje: por un lado apuntan a dar la ayuda y protección porque quieren al paciente, pero en una segunda lectura “porque el paciente está enfermo”, hecho por el cual se agrava el cuadro sintonmatológico. Es precisamente en ese momento que el miedo al miedo genera un sistema de autopoiesis de reacciones recursivas que invaden todo el aparato perceptivo reactivo del sujeto. Incapaces frente a su malestar, los sujetos reducen su capacidad de exploración y se aferran a su “lugar-seguro”. Aun cuando, la persona que padece un trastorno fóbico vive su realidad como forjada externamente, ella es auto-construida por el propio sujeto. Análoga situación no sólo se observa en las personas con síntomas agora-fóbicos, sino también con trastornos obsesivo-compulsivos.

En efecto, a diferencia de otros casos, el obsesivo-compulsivo elabora una sistematización de rituales protectores que si bien lo ayudan temporalmente a evitar sus miedos, lo sumergen en un círculo auto-poiético que procura transformar a la solución en el problema. Mediante ciertas técnicas de inducción el terapeuta debe imponer al paciente un nuevo modelo de percepción de la realidad que le permita salir del círculo vicioso evitativo que ha generado su problema. La resistencia al cambio que produce el sistema perceptivo-reactivo debe ser quebrada por medio de la implementación de un nuevo tratamiento

terapéutico al cual se le denomina, terapia breve-estratégica; la recuperación de la confianza personas en afrontar problemas es clave para que el sujeto realce su auto-estima. El modelo se compone de cuatro estadios, que van desde 1 hasta 12 sesiones o menos aunque ello depende de cada caso en particular, en donde el terapeuta intentará una reestructuración circular del problema y del sistema perceptivo del paciente en conjunción con la imposición de la metáfora y la duda para producir el cambio de las propias convicciones. A esta técnica se le acompaña con experiencias directas de superación del problema y una flexibilización en el sistema perceptivo reactivo del paciente. En este sentido, Nardone provee una serie de ejemplos que van explicando los diferentes pasos de su tratamiento y la efectividad del mismo con respecto a otros de igual calibre.

El paso inicial para comenzar el tratamiento breve-estratégico, es poner al miedo contra sí mismo; bajo una dinámica de distracción el terapeuta ensayará un desplazamiento del síntoma llamando “la atención sobre una acción curiosa pero sin importancia, mientras se está realizando otra, que no es evidente pero sí decisiva, y apagar el fuego haciendo que rebose el agua que hierve, es decir, usar la fuerza y el peso del adversario para que se vuelva contra él” (Nardone, 1997: 97). Dicha medida permite romper con la rigidez y la auto-referencialidad del sistema mismo. El tratamiento culmina con la explicación de todos los pasos y objetivos de la terapia como así con la recuperación en la propia autonomía y la eliminación del miedo.

En ocasiones, se le pide al paciente que escriba en una “bitácora” todas sus vivencias cada vez que experimenta un sentimiento de angustia o pánico; inmediatamente para evitar esta fatigosa tarea el paciente, en una primera instancia se olvida de su temor. Dicho método (de distracción) focaliza en la facilidad y comodidad que tiene el sujeto para entablar rituales simbólicos volviéndola contra sí. Claro, a la sesión siguiente el paciente dice “no haber podido cumplir con la tarea encomendada”, pero sentirse mucho mejor sin haber pedido ayuda a su entorno. En este punto, Nardone explica que *“la tarea prescrita y la reestructuración efectuada durante la sesión obligan a que el paciente, apartando su atención del síntoma y dirigiéndola al deber, deje de utilizar las equivocadas y usuales soluciones ensayadas. La obligación de anotar escrupulosamente los hechos y pensamientos induce a una situación completamente distinta de reacción al miedo, puesto que al ser un deber que se ha comprometido a realizar, desvincula al sujeto fóbico de las reacciones originales”* (Nardone, 1997: 101)

En una segunda etapa, el terapeuta insistirá y trivializará el problema restándole su carga emocional y dramática; el mensaje será claro a grandes rasgos, si el paciente pudo romper el círculo de su fobia, el problema no parece ser tan grave como éste último supone. En consecuencia, se insiste en una redefinición del problema restaurando la confianza del sujeto en sí mismo. El terapeuta va a pedir a su paciente que tome un despertador ruidoso, se encierre en una habitación y durante media hora prenda el despertador y trate de pensar en sus más horribles fantasmas. Las respuestas pueden ser de dos tipos, a) el paciente no ha logrado cumplir con el encargo ya que considera la experiencia como ridícula, o b) los temores han retornado como antes de

iniciar la terapia. Según la posición de Nardone, la mayor cantidad de personas sometidas a este juego no vuelven a experimentar situaciones fóbicas ya que el problema es anulado al ser paradójicamente forzado a aparecer de forma voluntaria. Invirtiendo la lógica “de las soluciones ensayadas”, el sujeto puede anular su síntoma al evocarlo y reducir la angustia que implicaba su aparición repentina.

Básicamente, el sujeto toma un rol pro-activo en el proceso terapéutico que le permitirá lograr esa auto-determinación que su entorno le niega. A lo largo del proceso, el terapeuta le impondrá al paciente fóbico una serie diferentes objetivos que lo lleven a enfrentar su temor pero que lo motiven de tal forma en que olvide ese sentimiento de impotencia; éste puede ir desde alejarse de su hogar en busca de una manzana que traerá al terapeuta en la siguiente sesión hasta otros actos de mayor complejidad. Por último, las fases finales del tratamiento consisten en mostrar el sujeto los pasos recorridos y los objetivos alcanzados con el fin de consolidar su autonomía con respecto a como se suceden e interpretan los hechos de su ambiente. La empatía en la comunicación se presenta así como un aspecto fundamental en la reversión clínica de la patología. Ahora bien, ante patologías mixtas entre la agorafobia y el ataque de pánico, una justa descripción del sistema predominante se presenta como importante para el seguimiento del protocolo posterior; por ejemplo, si el paciente responde al pedido de anotar sus pensamientos en un cuaderno, con pocas anotaciones se ésta en presencia de un caso agorafóbico o de fobia mientras que sí presenta una libreta llena de anotaciones, se encuentra el psicólogo frente a un caso obsesivo de ataque de pánico.

No obstante, existen algunos aspectos que deben ser analizados críticamente en cuanto al paradigma epistemológico y ético de la teoría sistémica.

En primer lugar, Nardone sugiere que el principio de la psicología sistémica no busca explicar el fenómeno según su causa y consecuencia lineales sino simplemente describir el cómo se dan los procesos y cuales son las partes intervinientes en el mismo. Este método pragmático contrario al psicoanálisis y la teoría evolutivo-cognitiva, tiene altos índices de respaldo en casos curados. La pregunta que inmediatamente Nardone evita es ¿no es la reversión de un fenómeno la explicación misma de porque ocurre?. El autor aduce que los sistemas teóricos lineales retroalimentan el problema imponiendo construcciones a priori sobre el comportamiento del sujeto.

Epistemológicamente, el punto en cuestión es la propia contradicción del autor entre sus secciones introductorias y su desarrollo posterior. En efecto, como ya se ha reseñado Nardone sugiere que no es importante saber el porque de los miedos o las fobias, no obstante esgrime una crítica directa hacia las teorías que anteriormente trataron el problema por su supuesta ineficacia. Más aún, nuestro psicólogo italiano sugiere que el sujeto fóbico se constituye como tal en cuanto a dos aspectos previos; el convencimiento y la necesidad de evitar los síntomas de la fobia y la búsqueda de ayuda en terceros. ¿Es que acaso, no esta la explicación que Nardone ensaya para comprender el fenómeno?; ¿cómo podría una persona ensayar medidas estratégicas si aún no comprende su lógica?, ¿no es la explicación del cómo-del-fenómeno una forma regresiva

de causalidad lineal?. No sólo que estos puntos no son correctamente –o mejor dicho exhaustivamente- abordados por el autor sino que además recurre a sus propios casos prácticos para contrastar con sus ideas; ¿no es esto una construcción experimental de su propia idea?. Es decir, Nardone crítica al sistema experimental por pretender cierta causalidad lineal y acertadamente - en su lugar- propone una multicausalidad circular auto-poética, pero confunde linealidad con experimentalidad. En efecto, el sistema experimental no se caracteriza por la búsqueda de variables unívocas entre el síntoma y la patología sino por la falsación y validación de construcciones apriorísticas con datos empíricos. Para validar los alcances de su instrumento clínico, Nardone - una y otra vez en todo el libro- recurre a diversas construcciones estadísticas que le permiten validar sus hipótesis. ¿No es esto un modelo experimental clínico?.

Segundo, a lo largo de todo el texto se observan repetidamente alusiones a palabras tales como “imposición” y “manipulación”; ello denota un fuerte cuestionamiento ético en la presentación del tratamiento por cuanto los objetivos y pasos son revelados recién al final del mismo. Por otro lado, el hundimiento del propio paciente para Nardone, lo hacen incapaz de romper con el círculo vicioso sino es por la intervención del experto. ¿No está incurriendo Nardone en el mismo problema que critica con respecto a la contención familiar?, ¿no es esta técnica parte del sistema de enajenación propio de las sectas?. Este pensamiento es –todavía- producto de la influencia de la filosofía estoica que considera al experto como el único capaz de resolver situaciones paradójales mediante el paradigma del distanciamiento emocional con respecto al “tratado”. Empero, ¿cuál es la reacción del experto cuando alguien de su entorno físico contrae un padecer similar?.

En esos contextos, los abordajes estoicos que enfatizan en el conocimiento como un mecanismo capaz de resolver problemas, se vienen en contra con toda una carga emocional profunda y angustiante para el profesional cuando el afectado es cercano en lo afectivo. El mensaje parece claro en el sentido en que sólo por estar aquejado, el sujeto se ubica en una posición de subordinación e ignorancia en cuanto su propia realidad y en cuanto enemigo de sí mismo las verdaderas causas de su problema les deben ser temporalmente negadas. El dilema ético circunscripto en la lógica “engañador y engañado” se desdibuja frente al fantasma de lo trágico en el sentido existencialista nietzscheano. La susceptibilidad del sujeto en la categoría de “enfermo” con respecto a la verdad del terapeuta se configura en procesos de hegemonía y control. Anclados en un pragmatismo propio de las sociedades anglosajonas, el paradigma sistémico aún tiene ciertos problemas que resolver internamente antes de lanzarse contra los clásicamente establecidos.

Hogar, desplazamiento y Destino

Históricamente los hombres se han desplazado físicamente en búsqueda de situaciones o recursos que no pueden encontrar en su lugar de origen. Entonces, se debe distinguir la migración forzada de cualquier otro tipo de viaje o desplazamiento voluntario. Según el modelo ideal desarrollado por Jiménez

Guzmán la humanidad debió de atravesar cinco fases en su desarrollo con respecto al apego a la tierra, el desplazamiento y la construcción de destinos. La primera fase, se denomina *nomadismo (homo)*, en la cual el hombre no se apropia aún del espacio. A medida que éste comienza perfeccionar las herramientas de caza y cultivo, comienza a surgir la necesidad del asentarse. Durante este lapso de tiempo, los viajes tenían una función muy específica la búsqueda del alimento. En efecto, como la actividad principal, era la caza, no era conveniente establecer un territorio fijo. Generalmente, en estos casos, las tribus perseguían los rumbos de sus presas.

En la segunda etapa, de *asentamiento (homo pater familias)*, comienza a suscitarse la necesidad de la división del trabajo y la especialización (asentamiento para el trabajo). La actividad principal de este grupo era la agricultura, por la cual se establecía una organización social basada en el clan y el sistema de trueque. Esta forma de organización comienza a producir un excedente. Este período comienza a entrar en crisis, cuando los hombres se dan cuenta que existe la posibilidad de enriquecerse y tomar parte o todo ese excedente. Surge (entonces) el *artesanado (homo faber)*, período en el cual es común el servilismo de algunos estratos de la sociedad con respecto a otros. Se comienza a formar la noción de “descanso aristocrático”. La organización social se funda en un principio en donde predomina el ser. El ascenso social es restringido, y los roles son adscriptos desde el nacimiento. La organización toma un carácter netamente feudal. Surge el desplazamiento para el ocio para un grupo privilegiado. En la quinta fase, la acumulación de capital requiere una urgente inversión de manera de no cortar con la cadena de producción. Surge así el *industrialismo (homo proletarius)* que trae consigo la idea del trabajo, la burguesía y del proletariado. Este proceso, no sólo crea nuevos estratos sociales, sino que rompe con toda una lógica y la estructura social comienza girar ya no en torno al ser, sino al tener (posesión). Comienzan a surgir movimientos que reivindican el ascenso social.

Finalmente, la sexta etapa, la del *socialismo (homo socio-turisticus)* se caracterizará por el conflicto entre las clases acomodadas (burguesía) y los trabajadores (proletariado). Es en este lapso, que se logran muchos de los beneficios con lo relativo al descanso y al bienestar económico que permiten que el turismo se desarrolle como actividad mundial. Surge el turismo como mecanismo de recreación democrático (Jiménez Guzmán, 1986: 35-40). Si bien por un lado, los tipos ideales por los cuales Jiménez de Guzmán construye su modelo puedan ser cuestionados, sus contribuciones versan en la disposición de los grupos humanos en sedentarios y nómades. A medida que el hombre concibió un mayor apego a la tierra y a su trabajo económico en ella, mayor fue la predisposición para su asentamiento definitivo y mayores sus angustias al alejarse del territorio hasta nuestros días; dicha idea sugiere que a la vez que el hombre construye su espacio simbólico de hogar se contraponen cuestiones que hacen a la identidad basada en un aquí en contraposición a la construcción antropológica “de alteridad” situada en un allí o territorio extranjero (Bahrdt, 1970:105) (Bourdieu, 2001: 37).

En este contexto, el hogar se disocia de la “casa” por estar conformada emocional y simbólicamente en unidades socio-económicas específicas con el

objetivo de brindar seguridad y protección a los sujetos. El viaje ejerce una ruptura identitaria entre el aquí en donde el sujeto reside y el allí en donde debe o desea estar. Un estudio realizado por White y White en viajeros con una duración mínima de 6 meses a 2 años reveló que puede existir cierta co-presencia entre el hogar y el destino; en ocasiones en que el hogar se transforma a la vez en destino, los medios de comunicación como los teléfonos portátiles o Internet ayudan a que el viajero pueda mantener la co-presencia de sus seres queridos como forma reducir la angustia a la lejanía (White y White, 2007:90-95).

La Angustia como agente desrutinizador en el proceso “civilizatorio”

El tratamiento de Norbert Elías y Eric Dunning sobre el papel de las emociones y del temor en la vida social difiere de los exponentes que se han analizado hasta el momento. En este sentido y siguiendo la tesis weberiana de la “jaula de hierro”⁴, los autores sugieren que la vida adulta (a diferencia del niño quien expresa sus emociones abiertamente) se caracteriza por un auto-control en lo que respecta a la regulación de emociones espontáneas. Las diferentes privaciones surgidas en la esfera laboral o la vida pública son aliviadas por los diferentes mecanismos de escape de los cuales dispone en la vida privada o en la esfera del “ocio”. Básicamente Elías y Dunning afirman que las tensiones de tipo miméticas son reguladas con el fin de evitar la disgregación social (Elías y Dunning, 1992: 60). En concordancia con los postulados hobbesianos, los seres humanos deben vincularse y convivir regulando sus impulsos biológicos e instintivos tales como los afectos y emociones. Aquellos quienes no pueden hacerlo terminan privados de su libertad en neuro-psiquiátricos o cárceles. El “proceso civilizatorio” consiste en la reducción gradual y cíclica de la violencia en la vida diaria de los hombres como así su reconducción a apartados estancos destinados a exacerbar cierta rivalidad y enemistad dentro de los límites permitidos como por ejemplo los estadios deportivos o las obras teatrales.

El término mimético apunta al hecho en que varias instituciones y actividades se encuentran emparentadas bajo un mismo o similar objetivo, en este caso suscitan emociones vinculadas con las cuales los individuos experimentan el curso de su vida “no recreativa”; situaciones que en momentos de normalidad podrían generar aversión como el miedo, el terror o la angustia, son trasladado a la escena mimética para crear gozo y placer (ibid. 155). En tales contextos, la expresión de las emociones como el temor, la ansiedad o la angustia no sólo que son abiertamente toleradas sino también exacerbadas. Una de las

⁴ Max Weber sostenía como una de sus tesis centrales la idea que la “ética protestante”, metafóricamente hablando, se conformaba en cuanto a una capa que el caballero podía mostrar y vestir con elegancia, pero llegado a un grado determinado ésta se le anteponía convirtiéndose en una verdadera jaula de hierro que aprisionaba al caballero. Esta figura simboliza la acción de la lógica legal-racional y su acción en el capitalismo moderno que despoja al ciudadano de cualquier tipo de expresión emocional. La impersonalidad, el control, las normas y la racionalidad del capitalismo se han impuesto desplazando y relegando a otras lógicas como la carismática y la tradicional. Este proceso de burocratización conlleva a una idea de constante y creciente racionalización que transforma la vida social en una helada oscuridad. Para mayor información véase Weber, M. 2003 *Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*. (Ética Profesional del protestantismo ascético, Capítulo II).

cuestiones que atrae de estos espacios es la posibilidad de sentir un placer regulado con un mínimo daño físico sobre el adversario.

Elías y Dunning están convencidos que la excitación y la competencia son elementos básicos de la psicología humana. Los juegos, los deportes y los viajes condensan la emoción, el peligro, el miedo y la angustia de no llegar a destino pero sin embargo reconducen a los ciudadanos a un alivio de la tensión mimética. Las actividades recreativas que no pueden activar “cierto clímax” caen en el hastío y el aburrimiento. El ocio posee, en este caso, una función des-rutinizadora que sólo cumple su efecto si puede generar una tensión entre los participantes o los espectadores, un punto de clímax que luego irá lentamente reconduciendo hacia un destino o punto final en el cual los consumidores sentirán placer o displeacer. Al igual que un partido de soccer o Football, un viaje es comprendido como un mecanismo de evasión ante la presión del entorno rutinario.

En palabra de los autores, *“ciertas actividades recreativas pueden perder su función desrutinizadora. Sólo la mantienen en relación con una serie de rutinas. Actividades que hoy tienen una tal función pueden rutinizarse si se repiten o se les impone un control demasiado rígido, con lo cual pierden la función de proporcionar excitación. Lo que pierden, en ese caso, es la función de proporcionar un poco de inseguridad, de satisfacer la expectativa de algo inesperado, así el riesgo, la tensión y los ramalazos de ansiedad que acompañan...incluso los preparativos para unas vacaciones en un lugar nuevo –que a primera vista puede parecer un placer directo- implican saborear a priori lo inesperado con que podemos encontrarnos allí y al mismo tiempo quizás el temor a la inseguridad, a la posibilidad de encuentros desagradables con personas antipáticas o alojamientos incómodos, o la esperanza de hacer amistades nuevas y encantadoras”* (Elías y Dunning, 1992: 135).

A diferencia de los otros autores analizados, Elías y Dunning introducen al debate el grado de incertidumbre no como una variable constrictiva de los viajes sino motivadora. Como los exploradores en La Edad Media, los viajeros se adentran a lo desconocido movidos por el riesgo y la angustia de los peligros que atravesarán en ese trayecto. Aun cuando sus observaciones son de una profundidad innegable, uno de los problemas que sugiere la lectura del texto de Elías y Dunning es la falta de indicadores e hipótesis a contrastar empíricamente como así la fundamentación de las diferentes ideas que los autores transcriben en forma cíclica en todo su trabajo. Además, la redacción y presentación de las ideas se tornan algo repetitivas, cíclicas, contradictorias y confusas. Por un lado, si bien los autores asumen que existen procesos contrarios a la civilización en donde existe un recrudescimiento de la violencia, como así también del temor en “la vida real” cuyos niveles de impacto no pueden ser absorbidos por el sistema, no explican los motivos que intervienen en la génesis de dichos problemas.

Conclusión

El apego a la tierra y a la construcción del hogar como la fase temprana ligada al nacimiento puede ser comprendido en analogía a los primeros signos de interacción entre el niño y el cuidador. El devenir de la vida al cual hacen referencia los filósofos existencialistas sugiere la idea del viaje como institución liminar entre el hogar y el destino. En ese estado se encuentran presentes dos fuerzas contradictorias: el placer por la novedad con el displacer por lo extraño en el sentido freudiano clásico. Finalmente, la muerte simbolizada en la figura del destino encarna todo aquello que es percibido como disgregante en el hombre y por ende generador de angustia. En tal sentido, la angustia en y ante-el-viaje no es otra cosa que angustia ante-lo-desconocido. Entre el estadio inicial de seguridad que implica el hogar y el destino, surgen instituciones sustitutivas que ayudan a tolerar la transición como la hospitalidad, como mediadora idealizada en el sentido nietzscheano. Siguiendo el modelo explicativo de Elías y Dunning para el deporte moderno, cuando la hospitalidad se comercializa, o se instrumentaliza técnicamente en un servicio prestado a cambio de un contra-don como por ejemplo el dinero, surge el turismo o la industria de los viajes.

En consecuencia, el turismo se transforma en una construcción que contiene a la angustia en sí misma pero a la vez lleva tranquilidad a los viajeros modernos. El hogar como forma simbolizada del apego materno en el niño marca la diferencia entre un "aquí-conocido" y un "allí-desconocido". Desplazarse implica un quiebre o un pasaje de lo conocido a lo desconocido. Sin embargo, existe un punto en el cual el sentimiento regulado de temor se desborda en una incontrolada fobia. Como los procesos rituales de dependencia que hay descrito brillantemente Nardone, el turismo y el practicar-turismo no sólo se presentan como instituciones reguladoras de la ansiedad sino que implícitamente la fomentan. El viajante se encuentra, entonces, entre la espada y la pared, o recurre a la artificialidad del turismo para reducir su pena pero a la vez la potencia creando un verdadero círculo vicioso de temor y dependencia. Así, como el fóbico se hunde en la dependencia familiar, el ciudadano moderno hace lo propio subsumido bajo la lógica de la alienación y el consumo post-moderno.

Bibliografía

- Araña, J y C. León. (2008). "The Impact of terrorism on tourism demand". *Annals of Tourism Research*, 35 (2): 299-315.
- Aristóteles, de Estagira. (1997). *Ética Nicomaquea*. México, Editorial Porrúa.
- Albó, Xavier. (1992). "La Experiencia Religiosa Aymará". *En Rostros Indios de Dios, cuadernos de investigación*. La Paz, CIPCA, UCB.
- Aziz, H. (1995). "Understanding attacks on tourists in Egypt". *Tourist Management*, 16: 91-95.

Bahrtdt, H. P. (1970). *La Moderna Metrópoli: reflexiones sociológicas sobre la construcción de las ciudades*. Buenos Aires, Eudeba.

Bhattarai, K., Conway, D y N. Shrestha. (2005). "Tourism, terrorism and Turmoil in Nepal". *Annals of Tourism Research*, 32 (3): 669-688.

Beck, U. (2006). *La Sociedad del Riesgo*:

Bourdieu, P. (2001). *Las Estructuras Sociales de la Economía*. Buenos Aires: Editorial Manantial.

Briones-Gamboa, F. (2007). "La Complejidad del Riesgo: breve análisis transversal". *Revista de la Universidad Cristóbal Colón*, Num. 20, Año III, Tercera Epoca. Pp. 9-19. Material Disponible en <http://www.eumed.net/rev/rucc/index.htm>. Extraído el 02 de Agosto de 2009.

Carman, M. (2008). "Usinas de Miedo y esquizopolíticas en Buenos Aires". *AIBR*, Revista de Antropología Iberoamericana. Vol. 3 (3): 398-418. Disponible en www.aibr.org. Extraído el 20 de Mayo de 2009.

Castaño, J. M. (2005). *Psicología Social de los Viajes y el Turismo*. Madrid, Thomson Ed.

Castel, R. (2006). *La Inseguridad social: ¿Qué es estar protegido?*. Buenos Aires, El Manantial.

Casullo, M. M. (2005). "Vínculo de Apego Romántico en adultos, escala de auto evaluación". *Psico-diagnosticar*, num. 14: 53-73.

Cicerón, Marco Tulio. (1985) *La Adivinación*. Buenos Aires, Ed. Hyspamerica.

Cosentino, J. C. (1998). *Angustia, Fobia y Despertar*. Buenos Aires, Editorial Eudeba

Delgado-Oliva, A. (2004). "Estado Actual de La Teoría del Apego". *Revista de Psiquiatría y Psicología del Niño y del Adolescente*, 4:55-69.

Derrida, J. (2006). *La Hospitalidad*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor.

Dio Bleichmar, E (1991). *Temores y Fobias: condiciones de génesis en la infancia*. Barcelona, Editorial Gedisa,

Domínguez, V. (2003). "El Miedo en Aristóteles". *Pshicotema*. Vol. 15 (4): 662-666.

Domínguez, P, Burquette, E y A. Bernard. (2003). "Efectos del 11 de Septiembre en la hotelería Mexicana: reflexión sobre la mono-dependencia turística". *Estudios y Perspectivas en Turismo*, 12 (3-4): 335-348.

Donilcar, S. (2005a). "Fear Segment in tourism". *CD Proceedings of the 14 International Research Conference of the Council for Australian University and Hospitality Education*. CAUTHE. 1-5 Febrero de 2005, Australia.

Donilcar, S. (2005b). "Understanding barriers to leisure travel, tourists fears as marketing basis". *Journal of Vacation Marketing*, 11 (3): 197-208.

Douglas, M. (2007). *Pureza y Peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Buenos Aires, Nueva Visión.

Duarte, A. (2006). "Heidegger y el Otro: ser y tiempo, una ética postmetafísica". *Daimon revista de filosofía*, n. 37: 73-84. Disponible en <http://revistas.um.es/daimon/article/view/15401>. Extraído el 01 de Junio de 2009.

Dupuy, J. P. (1999). *El Pánico*. Barcelona, Gedisa.

Entel, A. (2007). *La Ciudad y sus Miedos: la pasión restauradora*. Buenos Aires, La Crujía Ediciones.

Elías, N. y Dunning, E. (1992). *Deporte y Ocio en el Proceso de la Civilización*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Espinosa Rubio, L. (2007). "Contra el Miedo: Spinoza y Fromm". *Thémata, Num. 38*. pp. 47-59. Universidad de Sevilla. Disponible en <http://www.institucional.us.es/revistas/revistas/themata/pdf/38/art3.pdf>. Extraído el 10 de Marzo de 2009.

Essner, J. (2003). "Terrorism's impact n Tourism: what the industry may learn from Egypt's struggle with al-Gama'a al-Islamiya". *Security and Development*. IPS 688.

Fey, E. (2002). "consideraciones sobre la Angustia y la Nada". *Signos Filosóficos*, num. 8, Julio-Diciembre, pp. 305-311. Disponible en <http://148.206.53.230/revistasuam/signosfilosoficos/include/getdoc.php?id=220&article=205&mode=pdf>. Extraído el 25 de Mayo de 2009.

Fernández, S. Y Navarro, F. (2008). "La literatura de viajes en perspectiva, una comprensión del mundo". *En Derroteros del Viaje en la cultura. Mito, historia y discurso*. Rosario, Prohistoria Ediciones.

Fernández Juárez, G. (2000). "Tutela de las sombras: enfermedad y cultura en el Altiplano Aymará". *En sustentos, afflicciones y postrimerías de los indios de América*, Madrid, Casa de América.

Flier, A. (1999). "¿Porqué el síndrome del miedo se instaló en la Argentina?". *BAE*. 05 de Mayo.

Floyd, M. y L. Pennington-Gray. (2004). "Profiling Risk: perception of tourist". *Annals of Tourism Research*, 31 (4): 1051-1054.

Floyd, M. Gibson, H. Pennington-Gray, L y B. Thapa. (2003). "The Effects of Risk Perception on Intention to Travel in the Aftermath of September 11, 2001". *Safety and Security in Tourism: relationships, Management and Marketing*, 15 (2).

Fraisse, P. (1973). "Las Emociones". *En Motivación, Emoción y Personalidad*. P. Fraisse y J. Piaget (compiladores). Buenos Aires, Editorial Paidós. Pp. 106-187.

Frazer, J. G. (1993) *La Rama Dorada*. Bogotá, Fondo de Cultura Económica.

Freud, S. (1996). *Obras completas. Presentación autobiográfica inhibición síntoma y angustia*. Volumen XX. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Freud, S. (1998) "Análisis de la Fobia en un niño de cinco años". *Obras Completas*, volumen X. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Getino, O. (2002). *Turismo: entre el ocio y el negocio*. Buenos Aires, Ediciones Ciccus.

Goldblatt, J. y C. Hu. (2005). "Tourism, terrorism, and the new World for Event Leaders". *E-review of tourism Research*, 3 (6): 139-144.

Hall, M. (2002). "Travel Safety, terrorism and the media the significance circle of the issue attention cycle". *Current Issues in Tourism*, 5 (5): 458-466.

Khatchikian, M. (2000). *Historia del Turismo*. Lima, Universidad San Martín de Porres.

Heidegger, M. (1996). *¿Qué Es la metafísica?*. Buenos Aires, Ediciones Fausto.

Heidegger, M. (1997). *El Ser y el Tiempo*. Santiago, Editorial Universitaria

Hilb, C y Sirczuk, M. (2007). *Gloria, Miedo y Vanidad: el rostro plural del hombre hobbesiano*. Buenos Aires, Prometeo.

Hobbes, T. (1998). *Leviatán o la materia, forma y poder de una República Eclesiástica y Civil*. México, Fondo de Cultura Económica.

Hoxter-Lee, A. y D. Lester. (1988). "Tourist behaviour and personality". *Personality and Individual Differences*, 9: 177-178.

Jiménez Guzmán, L. F. (1986). *Teoría Turística: un enfoque integral del hecho social*. Bogotá, Universidad Externado de Colombia.

Kant, I. (1999). *Lo Bello y lo Sublime*. Barcelona, Editorial Óptima.

Kant, I. (2007). *Lo Bello y lo Sublime / Metafísica de las costumbres*. Buenos Aires, Editorial del Libertador.

Khatchikian, M. (2000). *Historia del Turismo*. Lima, Universidad San Martín de Porres.

Klein, M. (1987). "El Psicoanálisis de niños". En *Obras Completas de Melanie Klein*. Tomo 2. Buenos Aires, Editorial Paidós.

Kozak, M, Crofts, J. y Law, R. (2007). "The Impact of the perception of risk on international Travellers". *International Journal of Tourism Research*. Vol. 9 (4): 233-242.

Kuto, B. y J. Groves. (2004). "The Effects of Terrorism: evaluating Kenya's tourism Crisis". Pero ¿cómo definir un acto "terrorista?". *E-review of tourism Research*,. 2 (4): 88-95..

Lee, J. (2008). "Riad Fever: heritage tourism, urban renewal and Medina Property in old City of Morocco". *E-review of tourism Research*, 6 (4): 66-78.

Mccartney, G. (2008). "Does one culture all think the same?. An investigation of destination image perceptions from several origins". *Tourism Review*. Vol. 63 (4): 13-26.

Nardone, G. (1997). *Miedo, Pánico y Fobias: la terapia breve*. Barcelona, Herder.

Nebrada, J. J. (2009). "El Hombre libre en nada piensa menos que en la muerte". *Gazeta de Antropología*. Num. 25, texto 25-03. Material disponible en http://www.ugr.es/~pwlac/G25_03Jesus_Nebreda_Requejo.html. Extraído el 20 de Junio de 2009.

Nietzsche, F. (2008). *El Origen de la Tragedia: escritos preliminares Homero y la Filosofía Clásica*. Buenos Aires, Terramar Ediciones.

Paraskevas, A. y Arendell, B. (2007). "A strategic Framework for terrorism prevention and mitigation in tourism destination". *Tourism Management*. Vol. 28: 1560-1573.

Peña del Agua, A. (1995). "La Importancia de la edad en la evolución de los miedos infantiles". *Revista de Psicología General y Aplicada*. Vol. 48 (3): 365-375.

Plog, S. (1973). "Why destination areas rise and fall in popularity." *The Cornell Hotel and Restaurant Administration Quarterly*, 13 (3): 13-16.

Plog, S. (1991). *Leisure Travel; making it a growth market.. again!*. Nueva York, Ed. Wiley and Sons.

Prideaux, B. (2005). "Factors affecting bilateral tourism Flows". *Annals of Tourism Research*. Vol. 32 (3): 780-801.

Quarantelli, E. L. (1975). "Panic Behavior: some empirical observations". *Paper presented at the American Institute of Architects Conference on Human*

Response to Tall Building, July 19, 1975, Chicago, Illinois. Available at Disaster Research Center, Preliminary Paper, 20.

Quarantelli, E. L. (2001). "The Sociology of Panic". *Disaster Research Center*, Preliminary Paper 283.

Reisinger, Y. y F. Mavondo. (2005). "Travel Anxiety and Intention to Travel internationally: implication of Travel Risk perception". *Journal of Travel Research*, 43: 212-245.

Robson, L. (2005). "Risk Management for meetings and Events". *Annals of Tourism Research*, 35 (3): 840-842.

Roehl, W. and Fesenmaier, D. (1992). "Risk Perceptions and Pleasure Travel: an exploratory analysis". *Journal of Travel Research*, Vol. 30: 17-26.

Sackett, H. y Botterill, D. (2006). "Perception of International Travel Risk: an exploratory study of the influence of proximity to terrorist attack". *E-review of tourism Research*. Vol. 4 (2): 44-49. A&M Texas University, Estados Unidos, Material Disponible en www.ertr.tamu.edu. Extraído el 02 de Febrero de 2009.

Santana-Talavera, A. (2006). *Antropología y Turismo: ¿Nuevas hordas, viejas Culturas?*. Barcelona, Editorial Ariel.

Sartre, J. P. (1997). *El Existencialismo es un humanismo*. Buenos Aires, Ediciones del 80.

Saurí, J. (1986). *Las fobias*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.

Schluter, R. (2003). *El Turismo en Argentina: del balneario al campo*. Buenos Aires, Centro de Investigaciones y Estudios Turísticos.

Schluter, R. (2008). *Turismo: una versión integradora*. Buenos Aires, Centro de Investigaciones y Estudios Turísticos.

Schniebs, Alicia. (2008). "El Crucero del amor: pasión, viaje, y escritura en la didáctica erótica de Ovidio". *En Derroteros del viaje en la cultura: mito, historia y discurso*. Rosario, Pro-Historia Ediciones. Pp. 120-130.

Sierra, J.C; Ortega, V. y Zubeidat, I. (2003). "Ansiedad, angustia y estrés". Tres conceptos a diferenciar". *Revista Mal-estar y subjetividad*. Vol. 3 (1): 10-59.

Somnez, S. (1998). "Tourism, Terrorism, and political instability". *Annals of Tourism Research*. Vol. 25: 416-456.

Suetonio, C. (1985). *Los Doce Césares*. Madrid, Editorial Sarpe.

Tierney, K. (1994). "Sociology's Unique Contributions to the Study of Risk". *Disaster Research Center*, Preliminary Paper, 204.

Torregroza-Lara, E. J. (2009). "Del viajero al turista: estética y política del paisaje urbano". *Desafíos*, (19): 71-103.

Vernant, J. P. (2005). *Érase una vez ...el universo, los dioses, los hombres*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Ward, I. (2001) *Las Fobias*. Buenos Aires, Ed. Longseller.

Wallingre, N. (2007). *Historia del Turismo Argentino*. Buenos Aires, Ediciones Turísticas.

Weber, M. (1985). *Ensayos de Sociología Contemporánea II*. Buenos Aires, Ediciones Planeta-Agostini.

Weber, M. (2003). *Ética Protestante y el espíritu del Capitalismo*. México, Fondo de Cultura Económica.

White, N. R. y White. P. (2007). "Home and Away: tourists in a connected World". *Annals of tourism Research*. Vol. 34 (1): 88-104.

Wong, J. Y. y Yeh, C. (2009). "Tourist Hesitation in Destination decision Making". *Annals of Tourism Research*, 36 (1): 6-23

Yuan, M. (2005). "After September 11: determining its Impacts on Rural Canadians travel to U.S". *E-review of tourism Research*, 3 (5): 103-108.

Yun, D. and MacLaurin, T. (2006). Development and validation of an attitudinal travel Safety scale. *Canada Chapter TTRA Conference*, Montebello, QC.

Zubiri, X. (1991). "Las Fuentes espirituales de la angustia y de la esperanza". *Revista de Filosofía*, Vol. 6: 239-245, Universidad Complutense de Madrid.